HECTOR PEDRO BLOMBERG

LAS PUERTAS DE BABEL



1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

LAS PUERTAS DE BABEL

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

M. A. Barrenechea. — *Historia estética de la música.*

Alejandro Castiñeiras. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).

Atilio Chiappori. — *La belleza invisible.*

Armando Donoso. — *La senda clara.*

Carlos Ibarguren. — *De nuestra tierra.*

Carlos Ibarguren. — *La literatura y la Gran Guerra.*

Alvaro Melián Lafinur. — *Literatura contemporánea.*

José León Pagano. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

Juan Alvarez. — *Buenos Aires.* (Su problema en la República Argentina).

Marco M. Avellaneda. — *Del camino andado.* (Economía Social argentina).

Augusto Bunge. — *Polémicas.*

M. de Vedia y Mitre. — *El gobierno del Uruguay.*

Historia

José Ingenieros. — *La locura en la Argentina.*

Novelas y cuentos

Cárlos Correa Luna. — *Don Baltasar de Arandia* (2ª edición).

Manuel Gálvez. — *La sombra del convento.*

Benito Lynch. — *Raquela.*

Luisa Israel de Portela. — *Vidas tristes* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de la selva* (para los niños).

Horacio Quiroga. — *El Salvaje.*

Vicente A. Salaverri. — *El corazón de María.*

Viajes

Ernesto Mario Barreda. — *Las rosas del mantón.* (España).

Poesía

Mario Bravo. — *Canciones y poemas.*

Delfina Bunge de Gálvez. — *La nouvelle moisson.*

Arturo Capdevila. — *Melpómene* (2ª edición).

Arturo Capdevila. — *El libro de la noche.*

Eugenio Díaz Romero. — *El templo umbrío.*

Fernández Moreno. — *Ciudad* (agotado).

Juana de Ibarbourou. — *Las lenguas de diamante* (agotado).

Ricardo Jaimes Freyre. — *Los sueños son vida.*

Pedro Miguel Obligado. — *Gris* (agotado).

Alfonsina Storni. — *El dulce daño.* (2ª edición).

Alfonsina Storni. — *Irremediablemente* (agotado).

Pablo Suero. — *Los cilicios.*

Psicología

Alberto Palcos. — *El Genio.*

Teatro

Arturo Capdevila. — *La Sulamita* (4ª edición).

Arturo Capdevila. — *El amor de Schahrazada.*

Temas varios

Martín Gil. — *Modos de ver* (3ª edición).

Alberto Nin Frías. — *Un huerto de manzanas.*

Traducciones

Carlos Muzio Sáenz-Peña. — *La cosecha de la fruta,* de Rabindranath Tagore (2ª edición).

M. de Vedia y Mitre. — *El héroe y sus hazañas,* de Bernard Shaw.

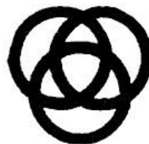
Vida de nuestras ciudades

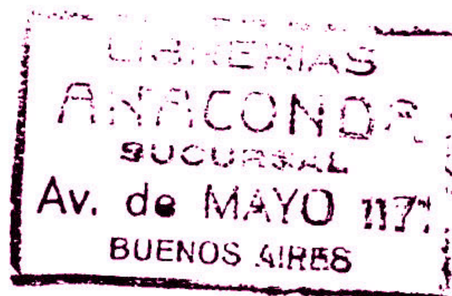
Juan Cárlos Dávalos. — *Salta.*

Roberto Gache. — *Glosario de la farsa urbana* (agotado).

HECTOR PEDRO BLOMBERG

LAS PUERTAS DE BABEL





1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

DEL MISMO AUTOR

La canción lejana, Edición de "La Académica", Barcelona, 1912.

EN PRENSA:

A la deriva (Canciones de los puertos y de los mares) Editorial "Virtus".

DE PRÓXIMA APARICIÓN:

Soñadores del Ghetto (Traducción de Israel Zangwil), Edición de "Vida Nuestra".

Melodías hebraicas (Byron, Heine, Longfellow, Spire) Edición de la Asociación Juventud Israelita Argentina.

La sangre de los errantes (en la Biblioteca de Novelistas Americanos).

PRÓLOGO

No conocía una sola página de Héctor Pedro Blomberg cuando leí "El Chino del Dock Sur". Quedé encantado y sorprendido. Deliciosamente encantado, profundamente sorprendido. ¡Por fin iba a tener Buenos Aires un narrador artista de sus barrios extraños y siniestros! Pero mayor fué mi entusiasmo cuando Blomberg publicó ese doloroso cuadro, vibrante de color y de emoción, que se titula "Las cigarras del hambre". Desde entonces le insté incesantemente a que formara un volúmen, y ahora puedo decir, con satisfacción de artista y de argentino, que a mi empeño se debe que "Las puertas de Babel" aparezca. Quiero aun agregar que este prólogo no me ha sido solicitado. Yo lo he ofrecido. Considero que los muy contados escritores a quienes el público escucha, tenemos el deber patriótico de difundir y hacer triunfar a los jóvenes de verdadero talento. Conozco demasiado las pequeñeces del ambiente literario y periodístico para no ignorar que un escritor nuevo del valer de

Blomberg, sin prestigio aun, no encontrará quien tenga el coraje de pretender imponer su nombre al público, elogiando su libro como merece que lo elogien. Hay mucho cabotinismo en las redacciones de los grandes diarios. Sea usted un verdadero poeta y llámese Fernández Moreno o Capdevila y sólo obtendrá reproches, — cuando no ironías y desprecios, pues el caso ha ocurrido — de los fracasados y pobres diablos que se agazapan en la crítica. Pero escriba usted versos mediocres y tenga parentesco o amistad con los propietarios del periódico, y verá su nombre llevado a la popularidad sobre los hombros, dóciles y habituales, de una multitud de epítetos y de lugares comunes. Esto es humano y, por ello, no lo critico. Pero sí afirmaré que tales reputaciones de cabotín confunden al público y desilusionan a los jóvenes. En cuanto a los escritores que "han llegado", como solía decirse hace quince años, ¿cuántos comprometen su nombre, ensalzando al que aun no adquirió prestigio por ser joven o no haber publicado libros? Por todo esto, y en la certeza de que nadie se interesaría tanto como yo en el éxito de "Las puertas de Babel", he querido prologarlo, para hacer su elogio con toda la sinceridad que existe en mí. No es esta página, pues, una estricta obra de crítico. En casos como este prefiero hacer política literaria. Y así, a los muchos millares de personas que tienen la benevolencia de leerme, quiero recomendarles este li-

bro de un joven escritor talentoso, que se revela aquí como artista de singular sensibilidad y como extraño e interesantísimo poeta.

*
* *

Los puertos de Buenos Aires, y los barrios que los rodean: la Boca, el Dock Sur, el Paseo de Julio, son *las puertas de Babel.* Por ellos se entra en la ciudad mostruosa e inquietante donde todos los idiomas del mundo y todas las razas se confunden y mezclan. Arriba está la ciudad rica y poderosa. Abajo, es decir en las puertas de Babel, se aglomera la caravana de los parias, la turba sucia y doliente que arrastra por los puertos y los mares su desolación y su miseria.

Multitud de lamentables figurillas humanas desfilan. Marineros ingleses, borrachos y brutales, pasan junto a suaves y contemplativos chinos. Holandeses e italianos codéanse en los antros del Paseo de Julio con árabes melancólicos que invocan a Alá y añoran las hamadas de Argel. Mujeres de todas las razas — las cigarras del hambre — cantan y danzan en los cabarets siniestros: andaluzas de Cádiz y de Málaga, griegas de Salónica, mulatas martiniqueñas, inglesas de Liverpool y de Swansea. Todos los barrios trágicos de la tierra son evocados en las puertas de Babel: el Bund, de Shangai; el Sombrero Rojo, de Marsella; las ca-

llejuelas sucias de los barrios que circundan los grandes puertos. Y todas las canciones de la tierra dilúyense en los ámbitos de Babel: coplas de Sorrento, que hacen soñar con el mar azul; fados portugueses, sensuales y lánguidos; cantares desolados de los archipiélagos, oídos en las radas de Oceanía; baladas cándidas y fragantes que evocan las márgenes del Yang-Tse-Kiang; viejas guajiras de Cuba; lúgubres coplas andaluzas.

Y todas aquellas gentes van pasando bajo las arcadas del Paseo de Julio, o por las calles de la Boca o del Dock Sur, o se amontonan en los antros, en los cabarets, en las hamadas, en los fumaderos de opio. Y la tragedia estalla a cada paso, allí en las puertas de Babel. Hombres tatuados se apuñalean por alguna de aquellas cigarras del hambre, pintarrajeadas, repugnantes, torturadas, "gaviotas de todos los puertos", como también las llama Blomberg.

*
* *

Lo que más se destaca en este libro es el poderoso sentido del carácter que revela Blomberg. Nada hay de trivial en sus páginas. Todo tiene en ellas un extraordinario color. Y puedo decir "un extraordinario color local", pues si bien los personajes son extranjeros el marco es fuertemente, característicamente porteño. Es un libro a la vez exótico y bonaerense. Nos descubre rincones de

Buenos Aires poco explorados y por primera vez — salvo algún precedente aislado como ciertas páginas de mis novelas "El mal metafísico" y "Nacha Regules" — los lleva a la literatura. A los que ignoran en absoluto las barriadas que evoca Blomberg, este libro ha de producirles una impresión singularmente extraña y aturdidora. ¿Es posible que en Buenos Aires haya esas gentes y ocurran tales cosas? Sí. Blomberg no ha hecho sino interpretar la realidad, mirarla con su espíritu de artista.

Y esta es otra característica del autor: haber tratado asuntos realistas, gentes y cosas repugnantes, con espíritu poético. Ha ennoblecido la realidad, convirtiendo en verdaderos poemas lo que en manos de un escritor naturalista habría resultado una cosa desagradable, aunque tal vez más fuerte. No es, pues, un escritor realista, precisamente. Tiene demasiado lirismo para serlo. La realidad aparece en sus cuadros no sólo ennoblecida sino también deformada. Pero esta deformación es casi indispensable para extraer de una cosa su alma. Si Blomberg describiese la Boca y las poblaciones de la Isla Maciel y del Dock Sur con sus colores exactos y sus líneas precisas, sin retocar ni deformar nada, no lograría mostrarnos el alma de aquellos lugares. Así, cuando nos habla de "las aldeas negras de la Boca". Para el observador superficial, que paseara por las poblaciones de la Isla Maciel y del Dock Sur, en un día de sol como son casi

todos los días en Buenos Aires, nada vería de negro en ellas. Y sin embargo el epíteto es admirable y da una idea del alma de aquellos lugares solitarios, verdaderamente siniestros a la noche, refugio de ladrones y de criminales.

En las narraciones de Blomberg no descubrimos un conocimiento serio del arte de componer y de contar. Pero, en cambio, una gran emoción interna da vida a sus historias trágicas y poéticas. Seguramente, pudo evitar repeticiones, concentrar más sus relatos, cortar los muchos flecos que sobran aquí y allí. Pero todo esto, importante para quien busque la perfección, apenas lo es para los que buscamos el carácter, el color, la emoción, la poesía.

"Las puertas de Babel" es uno de los más bellos libros publicados aquí en los últimos diez años. Es imposible leerlo sin soñar y sin entristecerse. Aquellos nombres sonoros de países lejanos, aquellas canciones sin patria, aquellos mares remotos, aquellas almas desoladas y vencidas, todas estas cosas que pasan por el libro de Blomberg nos infunden la melancolía de los viajes, el ensueño de países exóticos que no veremos nunca, la impresión dolorosa de que nosotros también pertenecemos a las caravanas de los parias, de que somos por ahora "barcos amarrados" y lo seremos hasta el día en que soltemos las amarras y partamos para aquel eterno viaje del que nadie retorna.

MANUEL GÁLVEZ.

LAS CIGARRAS DEL HAMBRE

I

—¡Allahú akbar!

Fué un suspiro, un suspiro profundo, fatalista, que asustó a los murciélagos soñolientos en las arcadas del Paseo de Julio.

Mohamed Alí se levantó del umbral donde se había sentado desde las cinco de la tarde, y echó a andar, sin rumbo, como siempre, como había vivido.

A medida que caminaba sintió el deseo irresistible de dirigirse a un café de la calle Reconquista, cerca de "La Vanguardia", un café donde se servía moka y se fumaban marguilés deliciosos, un rincón de Buenos Aires que casi, casi hacía la ilusión de una "hamada" de Argel, sin los tamborileros y sin los fumadores de kif.

—¡Allahú akbar!

Mohamed Alí suspiró otra vez. No tenía el precio de un café ni de una fumada de narguilé en los bolsillos de su traje harapiento.

Siguió andando por el Paseo de Julio.

La vía larga, estrecha y obscura se extendía ante él, bordeada por tenduchos sórdidos, por cafetines y tabernas llenas de musiquillas que nunca enmudecían.

Veinte idiomas chocaban bajo las arcadas sombrías; ásperas figuras vagaban sin cesar por la vía misteriosa. Hombres de todas las razas se codeaban allí. Los aventureros andrajosos que salieron del vientre de las naves parecían haberse dado cita en esa Corte de los Milagros porteña.

Era una ola turbia de la marea humana que subía sin cesar. Por esa vía angosta y larga pasaba la caravana. Se detenía un instante, en el fulgor de las tabernas, en el misterio de los antros, en las posadas extranjeras, y pasaba.

Día y noche Mohamed Alí deambulaba bajo las arcadas. En las horas de la sombra cuando los rumores disminuían, cuando la ciudad entera se adormecía en el sopor de las grandes fatigas, llegaba hasta las puertas cerradas el inmenso cansancio, la misteriosa inquietud de los buques cercanos.

En las altas horas Mohamed Alí tropezaba con figuras obscuras y vagabundas. La torpe canción de los ebrios despertaba los ecos de las arcadas silenciosas y ponía en fuga a los murciélagos.

Se diría que palpitaran en su silencio y en su sombra las pasiones y los sueños de las caravanas que desfilaron por allí durante media centuria. El paso de las legiones harapientas había dejado el Paseo de Julio vibrante de dolor y de misterio. De los antros, de las tabernas, de los tenduchos se desprendía un vaho de drama, una sensación indefinible de tragedia.

La marea humana había dejado allí su resaca. Una resaca inquieta y temerosa, una raza negra y extraña que se agitaba en los albergues desconocidos, en los cafés exóticos, que soñaba al rumor de las orquestas miserables y se adormecía sobre las copas de alcohol, en las mesillas mugrientas, hosca y solitaria, marcada en la frente con el estigma de los parias .

Todos los hombres que encontraba Mohamed Alí, harapientos y rudos, soñaban los viejos sueños de la estirpe, la nostalgia de las tierras lejanas, de los cielos remotos.

Una copla de Sorrento, en alguna noche de llu-

via, interrumpía en el fondo de alguna taberna la canción de un fogonero inglés o de un cocinero negro.

Mohamed Alí, muerto de hambre, seguía caminando bajo las arcadas sonoras. Un sajón silencioso y pensativo se detuvó frente a él a contemplar un escaparate iluminado de un tenducho. Más allá un pálido griego miraba la noche, llenas sus nostálgicas pupilas de las visiones de sus valles remotos, que acaso no volvería a ver nunca.

Un egipcio aceitunado, con los labios cárdenos de frío, acurrucado en el umbral de una posada búlgara, murmuraba algunos de esos aires monótonos que se cantan a lo largo del Nilo desde el tiempo de los faraones. A su lado tiritaba un viejo de Betania, compañero de nostalgia y de aventura, un viejo que nació entre las piedras que vieron pasar a Jesús.

De día las voces que oía Mohamed Alí eran roncas, angustiosas, impacientes. La ola desbordaba en la puerta de Babel. Aquellos acentos que hablaban todos los idiomas de la tierra tenían la misma nota de esperanza y de angustia. Aquellos hombres de veinte razas diferentes sentían el estremecimiento

de la misma aventura. Un mismo buque y un mismo sueño unieron los átomos de esa ola.

Su pasado, sus tradiciones, todo fué arrojado al océano. Las estirpes embargadas por un mismo anhelo, sólo soñaban con los amores de Canáan.

A los días inquietos del Paseo de Julio sucedían las noches obscuras y misteriosas. Las voces se hacían quedas. Parecía que hablasen al oído. Pero se oían. Continuaban hablando de ensueños y de aventuras.

Hablaba Babel. Eran las lenguas de las razas viejas y eternas; eran los dialectos de los puertos, de las montañas, de las llanuras, que cantaban en aquel rincón misterioso de Buenos Aires.

Mohamed Alí vea parpadear las luces de los antros. Desde la calle parecía sentirse el resuello de las olas humanas.

Los albergues y las posadas se envolvían en la sombra y el silencio. Los andrajosos viajeros de la noche se iban al alba, cuando el sol llamaba a la puerta de Babel.

Se iban lejos, a los campos que los esperaban, a las ciudades que los aguardaban. Eran los caballeros andantes del esfuerzo, aquellos aventureros ru-

dos, y su sangre era una gota de la sangre de la raza futura.

Se iban para siempre, a abrir los surcos y arrancar las espigas de la tierra grande y desconocida.

La resaca quedaba allí, soñando sus turbios sueños sobre la mesilla mugrienta de las tabernas, en los sucios umbrales de los antros, bajo las arcadas sombrías del paseo.

Mohamed Alí volvió a suspirar y salió de las arcadas. Un energúmeno invitaba a los transeuntes a ver la mujer más gorda del mundo. De los locales angostos y obscuros se escapaba el mismo soplo de dolor y de tragedia.

Aquel pueblo diminuto y extraño parecía aplastarse bajo el alma inmensa de la ciudad. Arriba, Bancos, Bolsas, palacios, empresas, levantaban hacia el cielo su canto colosal. Abajo, hormigueaban los errantes. El cansancio de puerto, la tristeza inquietante de los navíos, pesaban sordamente sobre el Paseo de Julio y un jadeo de lujuria se escapaba de los antros.

II

Mohamed Alí, dormido en un banco del Paseo de Julio, soñaba que estaba otra vez en el muelle de la Joliette, mirando llegar las naves bajo el claro cielo de Marsella, oyendo las voces de su tierra argelina, allá, al otro lado del agua azul, donde iban las bandadas de pájaros que venían huyendo de los fríos del norte.

Era tan dulce el sueño, que Mohamed reía. Las gaviotas grises revolaban en espirales cerradas sobre su cabeza, con ásperos graznidos.

Estaba lloviendo, pero Mohamed no sabía. Soñaba con aguas verdes y cielos azules y países que estaban muy lejos; desfallecido de inanición, ya no lo torturaban los calambres del hambre.

Las gotas humedecían su rostro bronceado, corrían en arroyitos a lo largo de su ropa raída.

Un vigilante pasó a su lado y le miró distraído, pero no lo despertó. Le dió lástima aquel atorrante que dormía tan profundamente...

Mohamed Alí proseguía su sueño.

¡Cómo graznaban las gaviotas en el muelle de la Joliette! Era una sinfonía infernal, la de aquellos chillidos agudos, inquietantes.

De pronto el dormido se incorporó bruscamente. Un graznido más agudo que los demás lo arrancó del fondo de su sueño. Aturdido, miró en torno suyo. La noche era negra, profunda. Se palpó el rostro y vió que estaba mojado; sus ropas chorreaban agua.

Lentamente volvió a la realidad. Sintió frío, hambre, sed. Acurrucado en el banco hospitalario, se puso a temblar.

—¡Allahú akbar! ¡Dios es grande...! — murmuró, y de pronto oyó un sonido extraño, próximo. Era una queja humana, un llanto apagado, angustioso, inconsolable.

Mohamed Alí miró en torno suyo. A la luz lívida de los arcos voltáicos vió, tendida en el banco vecino al suyo, la figura de una mujer, desolada y miserable en la noche, bajo la lluvia, en el frío.

Cautelosamente se acercó. Tambaleábase de debilidad, de hambre, de fatiga. Cuando estuvo a un paso de la mujer, vió que ésta estaba llorando. Acurrucada sobre el banco, bajo la garúa persistente y glacial, la desconocida lloraba sin consuelo. Mohamed Alí vió un rostro pálido, demacrado, por el cual corrían todas las lágrimas de las edades.

¡Allahú akbar!

Se inclinó sobre ella y le tocó el hombro. Vestía

la mujer un traje verde, empapado por la lluvia. Sus cabellos cortos, rizados artificialmente, destilaban hililllos de agua. A la luz lívida, espectral de los arcos, el vagabundo vió unas medias de seda, unas ligas claras, la punta de un encaje desgarrado.

Mohamed Alí, que había vivido en la miseria desde su niñez y que tenía desde hacía tiempo el corazón acorazado contra todos los dolores, contra todos los infortunios, sintió de pronto una piedad infinita, una misericordia inexplicable, hacia aquella desconocida que gemía en un banco del Paseo de Julio, en una media noche de Agosto.

La desconocida, al sentir aquellos dedos que la tocaban suavemente, levantó la cabeza rápidamente, haciendo un inconsciente ademán de defensa.

Vió ante sí un árabe andrajoso, cuyos ojos relucían de hambre y de fiebre, un hermano en la miseria y en el dolor.

Porque allí, en la plazoleta solitaria, en la noche cruel, Mohamed Alí era el pobre de las viejas edades de la tierra, el lobo humano de la estepa social, atormentado por todas las hambres de la vida.

—¡Allahú akbar!

Sí, Dios era grande...

Acercó su rostro trágico al de la desconocida, y acarició sus cabellos humedecidos, con una mano flaca que temblaba de fiebre.

El suspiro nocturno del Paseo de Julio llegaba hasta ellos; el jadeo confuso de los antros, la inmensa crueldad glacial de la ciudad, que parecía aplastar a los parias bajo sus torres, sus palacios y sus sueños.

Fué así cómo Mohamed Alí, en una noche de Agosto, conoció a Marieta Brentano.

III

Hansen, tendido largo a largo sobre el húmedo césped de la plaza Colón, estaba absorto en la contemplación de las constelaciones. Le gustaba más dormir allí que en las cuevas nauseabundas del Ejército de Salvación, sintiendo el soplo familiar de los navíos próximos, el latir pausado de las máquinas, las voces del puerto, que parecían cantar en su atrofiado corazón de alcoholista un cantar vago y apagado de juventud.

Aquel día no había bebido. No por falta de deseos, porque el alcohol era para Hansen tan necesario como el aire, como la luz, como el ali-

mento para el resto de los hombres. Toda su vida había sido un estupor alcohólico, desde el día lejanísimo en que salió de su aldea noruega, pisó las tablas de su primer navío y se lanzó por los anchos caminos del mar.

Grumete, marinero, piloto, capitán de balleneras y luego de barcos mercantes, Hansen había bebido y navegado desde las soledades del mar de Wedel hasta los fríos del Skager Rack, desde la costa de Labrador hasta la sombra del Fujiyama, perseguido por la fatalidad.

Todo lo había perdido. Sus barcos habían naufragado en circunstancias inexplicables; los "trade boards" de todos los puertos suecos y británicos habían revocado sus patentes, y después de haber sido maestro navegante, Johann Hansen había vuelto, degradado, a la dura vida de los castillos de proa, al puesto humilde de timonel en veleros de segunda clase. Hasta de allí lo habían arrojado los hombres, a causa de sus accesos homicidas.

Y ahora erraba, andrajoso y taciturno, por los alrededores del Paseo de Julio, siempre muerto de sed...

Estaba mirando los astros y soñando despierto con el paraíso de las aguas. Cantaban en su sueño

los oleajes inquietos del Pacífico, las marejadas grises del sur, las leyendas de los cinco océanos. En su obscuro corazón de paria no despertaban las visiones del pasado, que estaba muerto, muerto, muerto.

Sólo tenía sed. Una sed que le resecaba las entrañas.

De pronto Hansen sintió un leve rumor a sus espaldas. Sin abandonar su actitud inmóvil, escuchó.

Alguien, una sombra errabunda, hablaba en un idioma familiar para el vagabundo de los mares. Era un acento árabe, sonoro y musical, que se dirigía a las estrellas y decía:

—No hay más divinidad que Dios, y a Dios vuelven todas las cosas. Tú eres el enviado de Dios, ¡oh, Antorcha de la Fe!, ¡oh, Luz de las Tinieblas!, ¡oh, Llave de los Creyentes!, ¡oh, Señor de la Meca y de Medina la florida...!

Era la plegaria del viernes de los musulmanes.

¡Cuántas veces la había oído Hansen en las mezquitas de Túnez, del Cairo, de Alejandría, allá en la lejanía brumosa de su primera juventud, cuando sus ágiles veleros iban al este de Suez, camino de Bombay y de Calcuta, de Shangai y Nagasaki!

La plegaria había callado. Hansen se volvió pe-

rezosamente y vió a Mohamed Alí, que estaba vuelto hacia la Meca, postrado a los pies de un plátano, en la soledad y a la sombra de la plaza Colón.

El sordo rugido de Buenos Aires llegaba en apagados murmullos hasta las negras arboledas. La ciudad cercana, vibrante y colosal, ardía como una hoguera gigantesca a sus espaldas.

Entonces Hansen habló. Se olvidó del desprecio secular de los hombres rubios hacia los hombres morenos que siempre están postrados orando a un Dios invisible y despreciativo que nunca los escucha, y sólo vió en aquel creyente harapiento y solitario un hermano paria, un hermano lobo.

Y le ofreció una lata de sardinas que le habían dado algunas horas antes en una fonda del barrio del Retiro.

Así fué cómo Mohamed Alí conoció a Johann Hansen, entre los plátanos de la plaza Colón.

IV

Los dos estaban absortos en el tumulto mal oliente del bar-concierto. Hansen, que había obtenido algunas monedas, estaba profundamente ebrio. Los retratos de Garibaldi, Nelson y Lafayette, óleos

de tamaño natural, ennegrecidos por el humo de los cigarros que habían fumado dos generaciones, y que adornaban los muros del figón, parecían salirse de sus obscuros marcos y bailar una zarabanda infernal ante sus ojos inyectados en sangre.

Mohamed Alí que, como buen musulmán, no bebía alcohol, permanecía absorto. Una cantante española, de cabellos cortos, vestida con un traje azul de antigua fecha, cubiertos el rostro y el descote por manchas sospechosas, bailaba frenéticamente un garrotín en un tablado cuadrangular que parecía un "ring".

Un inglés ciego, escuálido, aporreaba el piano sin cesar.

Se sucedían las canciones. En la pizarra lucían los nombres de las "artistas": La Vidalita, La Cubanita, La Estrellita.

Eran las cigarras del hambre, que hacían vibrar las tabernas del Paseo de Julio bajo sus taconeos desesperados. Arriba, los edificios inmensos parecían fruncir el ceño. Abajo, en la puerta de Babel, circulaban las caravanas negras, los harapientos taciturnos, salidos de quién sabe dónde.

Hormigueaban bajo las arcadas pobladas de murciélagos. Se diría que la ciudad gigantesca, en un

acceso de asco y de cansancio vomitaba hacia el gran río gris la obscura caravana de sus parias.

"Marieta Brentano".

Hansen pidió más whisky. Garibaldi se había vuelto a su marco en el muro ennegrecido; Lafayette y Nelson parecían mirarse con silencioso respeto.

El inglés ciego, inclinado sobre el teclado, arrancó las notas viejas y sollozantes de "Santa Lucía", la dulce copla de Sorrento, cara al corazón de los errantes.

Después siguieron otras. Eran las canciones que unen el corazón de los vagabundos en todos los puertos de la tierra; las canciones que se escuchaban en las tabernas de Génova y de Londres, de Honolulu y de Trinidad.

Marieta Brentano, con los ojos brillantes de la belladona, sonrosado el rostro por el khol, hacía resonar las arcadas del Paseo de Julio con su voz que parecía una campana de plata. Un soplo de lujuria contenida se sofocaba en torno suyo. Arabes, genoveses, negros, norteamericanos, españoles, se apiñaban alrededor de las mesas, y el alcohol turbio corría en cascadas ponzoñosas.

Todos la deseaban, allí, en aquel figón caldeado

por las pasiones primitivas de los ex hombres. Una ola de fuego parecía envolverla. Se diría que por momentos se percibía el olor inconfundible y acre de la sangre.

Pero Marieta Brentano sólo sonreía a Mohamed Alí.

Ella no se olvidaba de aquella noche en que el mahometano se había acercado a su miseria, había acariciado sus carnes maltratadas por un amante fugaz, había besado sus cabellos humedecidos por la lluvia.

Marieta Brentano amaba a Mohamed Alí, después de aquella noche de agosto en que la había encontrado sollozando en un banco del Paseo de Julio.

Había vuelto al bar-concierto. Tenía alguno que otro amante, gentes curiosas y bien vestidas que descendían desde las alturas de la gran ciudad a los antros de Babel, y se la llevaban por una noche.

Pero Mohamed Alí no era celoso. Sabía que el corazón de Marieta Brentano era suyo. Aquellos amantes de una noche no inspiraban sentimientos de repulsión ni de odio en su frío corazón de mahometano.

—¡Allahú akbar!

Dios era grande...

Marieta estaba cantando la última canción de la noche. Era un aire de los puertos, doliente y familiar; un cantar de cosas lejanas y perdidas, como esas que cantan los hombres de los muelles en todos los rincones del planeta; una canción de esas que resuenan todos los días en las profundidades del Paseo de Julio, y que las gentes de allá arriba, las gentes de la Avenida de Mayo y de la calle Florida, ni han oído nunca, ni las comprenderán si las oyeran en la penumbra de los antros.

Hansen la escuchaba, absorto. Su vaso se había volcado, y un arroyuelo de whisky chorreaba de las mesillas hasta las baldosas del piso, como un raudal de lágrimas amarillentas y venenosas.

Mohamed Alí lo interpeló, mientras Marieta descendía del "ring" y el pianista ciego se enjugaba la frente lívida y sudorosa. Pero el ex marino sacudió la cabeza. Su mirada sangrienta se despejaba poco a poco.

V

Se habían cerrado los bar-conciertos, y las cigarras del hambre habían desaparecido con sus parejas en las posadas misteriosas, en la sombra de las calles.

Hansen, solitario y sombrío, vagaba bajo las arcadas, en las penumbras eternas del Paseo de Julio. Desde hacía muchos años no había sentido lo que sentía aquella noche.

La primavera se acercaba. Las arboledas tenían aromas penetrantes, casi tropicales. El canto del río, en la marea nocturna, venía a morir al pie de los pilares, en los cimientos de los palacios.

Hansen se apoyó en uno de los pilares y, con su ademán habitual, levantó los ojos hacia las constelaciones.

La Cruz del Sur, luminosa y lejana, escintilaba sobre el profundo sueño de Buenos Aires.

Hansen veía revivir visiones distantes y desvanecidas en las cuatro pupilas que temblaban en las profundidades diáfanas del cielo del Sur. El amaba a Marieta Brentano.

La amaba como había amado a otra Marieta bajo otro cielo azul. ¿Dónde era? Ah... Era en Brest, cuando aun era joven y mandaba barcos. La había amado como un loco, como aman los hombres rubios del norte, que no creen en dioses invisibles e indiferentes, pero que matan por amor.

Ella lo había dejado, y un día, muchos años después, la había hallado en el lúgubre barrio del Som-

brero Rojo, en Marsella, y le había cortado el cuello en su propio camastro, huyendo después enloquecido.

Pero hacía tanto tiempo...

Ahora amaba a Marieta Brentano, la cigarra del café concierto. Y ella amaba a aquel musulmán miserable, que cuando se moría de hambre y de sed sólo sabía alzar una plegaria gemebunda a un Dios lejano cuya sombra hacía temblar de fe a los creyentes en las mezquitas remotas.

Una melopea asiática, vieja y triste como el tiempo, flotó bajo las arcadas. Era un hombre de turbante mugriento, que desfallecía de hambre en el umbral de un Banco.

Hansen resolvió solemnemente dar muerte a Mohamed Alí.

Se sentía incapaz de matar fríamente a aquel hombre moreno y fatalista con el cual había compartido el pan y la sal.

Pero una noche, cuando hubiera bebido bastante, cuando viera todo rojo, como le solía suceder algunas veces, le saltaría al cuello, mientras Mohamed Alí estuviera rezando sus estúpidas oraciones, y le estrangularía entre los plátanos.

Y Marieta Brentano sería para él.

El carillón de la Torre de los Ingleses dobló sus notas de plata en la lejanía. Un murciélago rozó con sus alas viscosas el rostro del ex hombre.

La melopea gemebunda del hombre del turbante se apagaba bajo las arcadas llenas de sombra.

Era un cantar de los archipiélagos, que el antiguo marino había oído muchas veces en las radas de Oceanía; un cantar de tres notas, desolado y familiar:

El amor llega para el último de los hombres...
Ywaaaa... Ywaaaa...

Hansen alzó los ojos y se quedó absorto, contemplando las pupilas luminosas de la Cruz del Sur.

Los únicos que habían llegado al bar-concierto eran el pianista ciego y una mulata martiniqueña, que le servía de madre, de hija, de mujer y de lazarillo, y algunas veces, cuando el ciego se embriagaba, hasta de "punching ball'.

Mohamed Alí había adoptado la costumbre de instalarse en el café concierto a mediodía. Las cantantes, la Vidalita, la Cubanita, la Estrellita, comenzaban a llegar a las dos de la tarde, pues la "matinée" daba principio una hora después.

Llegaban ojerosas y descoloridas, con las orgías de la noche escritas en los rostros lívidos. Pero solían presentarse con zapatos de raso flamantes, con medias de seda transparentes, con joyas de oropel.

Eran las cigarras del hambre que volvían a cantar, después de los silencios siniestros, inquietantes, del Paseo de Julio. Las había de todas las razas: andaluzas de Cádiz y de Málaga, francesas de Marsella y del Havre, italianas de Génova y de Nápoles, griegas de Salónica, inglesas de Liverpool y de Swansea, norteamericanas de Charleston y San Francisco.

Eran gaviotas de todos los puertos, horribles algunas, pasables otras, bellas las menos.

Y sobre todas ellas, con su acento de plata, sus enormes ojos verdes, su cuerpo menudo y vibrante, Marieta Brentano.

Antes de que diera principio el "concierto", mientras el ciego afinaba el lamentable piano y la mulata martiniqueña empezaba a consumir sus interminables "cremes de menthe", Marieta solía contar a Mohamed Alí fragmentos de su vida.

Mohamed la escuchaba con indiferencia.

Su rostro frío y fatalista sólo se animaba cuando

Marieta evocaba puertos y tierras familiares, donde él también había vivido, mares verdes, cielos azules, muelles abigarrados.

Marieta había nacido en un muelle.

Todo el fuego de la sangre siciliana de su madre triunfaba sobre la sangre de aquel padre desconocido que le dió la vida entre dos borracheras, en una posada de Marsella, hacía veinte años.

Marieta había estado en Argel, el país de Mohamed Alí.

Había aprendido los romances árabes de las "hamadas", al son de los gumbríes; recordaba algunos de los cantos melancólicos que acostumbraban a cantar los legionarios argelinos entre las humaredas del kif.

Cuando tenía diez y seis años, un oficial mercante la llevó consigo de un puerto de España a Cuba, donde la abandonó. De la Habana, Marieta había ido a los cabarets de Pernambuco y Río Janeiro.

Ahora cantaba en el Paseo de Julio.

Arrojando el cigarrillo que acababa de encender, abandonaba la mesa de Mohamed Alí y se dirigía al tablado, obedeciendo a una nota imperiosa del piano.

Apenas comenzaba su número, veía los ojos cla-

ros de Hansen que siempre llegaba en ese momento, y que seguía esperando la ocasión de estrangular a Mohamed.

Los dos hombres habían cambiado.

Sus ropas harapientas habían sido reemplazadas por otras más presentables. Sólo Marieta podía decir de dónde procedían las ropas nuevas de Mohamed; sólo Alá sabía de dónde provenían las de Johann Hansen.

Sul mare lucicca
L'astro d'argento...

Después seguía "O sole mío", el "Adiós a Hungría", "Tipperary", fados de Portugal... Las canciones sin patria, que andan por el mundo, abriendo las puertas invisibles del recuerdo en el corazón de los errantes.

Arriba, en la ciudad colosal, sonaban las grandes voces, el estrépito de la existencia; cantaba la pesadumbre y la gloria de la vida.

Abajo, en la puerta de Babel, las vidas sumergidas despertaban al soliloquio taciturno de sus jornadas, al monólogo de su dolor. Los Shylocks del Paseo de Julio vendían y compraban sus harapos

sospechosos. Los teatrillos chinescos reanudaban el gemido de sus organillos. Los buhoneros vendían sus cintas, botones y estampas pornográficas. La "Mujer más gorda del mundo" exhibía orgullosamente sus pantorrillas monstruosas. Las pitonisas enmascaradas revelaban a los transeuntes el secreto del porvenir...

Las cigarras del hambre cantaban en los bars. Marieta Brentano, la musa del Paseo de Julio, hacía vibrar las canciones del mundo bajo la mirada fija de los héroes, de Garibaldi, Nelson y Lafayette, que ya comenzaban a salirse de sus marcos ennegrecidos y a bailar sus zarabandas infernales ante las pupilas enrojecidas de Hansen, que a las cuatro de la tarde ya estaba saturado de alcohol.

VII

"La plegaria y la paz sean contigo, oh Mahoma, Profeta de Alá, Tú, la mejor de las criaturas, en esta vida y en la otra. La plegaria y la paz sean contigo, Antorcha de las Tinieblas, Llave de los Creyentes, Amo de la Meca y de Medina la florida, Señor de los Musulmanes y de las Musulmanas, ahora y por siempre jamás!"

Era un viernes. Mohamed Alí, prosternado en el balconcillo de la posada, elevaba la oración habitual al Dios de sus mayores.

Su alma estaba tranquila, su corazón estaba sereno.

Con paso lento salió del hotel del Globo, que tal era el pomposo título del albergue, y se hundió en el Paseo de Julio.

Las escenas abigarradas y familiares, las musiquillas, los olores sospechosos, las voces, el tumulto habitual, nada nuevo le decían bajo las arcadas.

Marchaba con lentitud. Subió la empinada cuesta de la calle Sarmiento y se internó en la calle 25 de Mayo. Las banderas de las agencias de navegación ondulaban, multicolores y jubilosas, en la calle angosta y febril. Parecían llamar al transeunte con la voz de las tierras lejanas; parecían decir al corazón del nómade la promesa de los horizontes, de los cielos azules, de las aguas verdes y espumosas.

Los cambalaches ostentaban en sus escaparates y en sus puertas sus harapos, balanceándose como ahorcados; sus joyas empañadas, sus monturas nauseabundas, sus telescopios rotos, sus acordeones abollados.

Mohamed Alí pasó de largo frente a los obscuros bancos de la miseria y subió por la calle Lavalle.

Diez minutos más tarde entraba al café árabe. La "hamada" de la calle Reconquista estaba sumida en una espesa penumbra. Un mozo iba y venía en mangas de camisa, y un enorme gato rojizo se desperezaba bajo una mesa.

—¡Allahú akbar!

Sólo se oía el gorgotear del narguilé y el ronroneo del felino en el silencio turbio del bar.

Marieta Brentano se había ido de la vida de Mohamed Alí. Se había cansado de él y lo había despedido de una vez por todas.

El nómade fumaba filosóficamente.

Marieta frecuentaba cada vez menos el bar-concierto. Sus ropas mejoraban visiblemente. A las protestas del propietario del figón, contestaba pagando las multas con billetes flamantes, que sacaba de una bolsa de malla de plata, en medio de las miradas, curiosas y emponzoñadas de envidia, de sus compañeras.

El que se enfurecía silenciosamente era Hansen. En su corazón, dormido durante largos años de alcohol, despertaban las pasiones primitivas. Ma-

rieta le había vuelto la espalda cada vez que quiso hablarle. Aquel titán rubio, bajo cuyas claras pupilas bullían silenciosas tormentas, le inspiraba verdadero terror. Y le huía, entre las mesas del café, entre las caravanas harapientas del Paseo.

El narguilé de Mohamed gorgoteaba como un gato que se estuviera ahogando, y la penumbra se hacía cada vez más espesa en la "hamada" solitaria.

Dos sombras se perfilaron en la puerta, y entrando en el café se dirigieron a un rincón.

Eran dos mujeres.

Mohamed las miró sin curiosidad. Pasaron a pocos pasos de su mesa y sintió un vaho de perfume ordinario, el olor inequívoco de las cigarras del hambre....

Acudió el mozo, poniéndose la mugrienta chaqueta, y encendió una luz. A su resplandor, Mohamed vió que una de las recién llegadas era Marieta, más elegante que nunca.

¡Qué diferencia había entre aquella Marieta de ahora, y aquella desventurada empapada por la lluvia que encontró sollozando una medianoche de invierno en un banco del Paseo de Julio!

Estaba con una mujer de cierta edad, de cabe-

llos enrojecidos artificialmente, de rostro marchito y gastado, ataviada con un traje casi vergonzante, que trataba de asumir, aun en su ancianidad evidente, rastros de elegancia.

Hablaban animadamente ambas mujeres, mientras el gato rojo se restregaba perezosamente contra sus piernas, y el mozo servía dos vermouths.

Un cuarto de hora después Mohamed Alí salía de la "hamada", sin que Marieta ni su compañera hubieran reparado en él.

Las dejó allí, conversando con animación y sorbiendo el vermouth a traguitos.

El encuentro no le preocupó mayormente. Aquello no le interesaba, no le importaba. Jamás volvería a subir a la pieza de Marieta, en el turbio hotelillo de la calle Viamonte, por la lúgubre escalera de caracol, ni volvería a tocar los cabellos cortos, sedeños, de la cigarra del hambre.

Mientras caminaba sin prisa, descendiendo nuevamente hacia el valle negro del Paseo de Julio, en medio del rumor confuso de las tiendas árabes y los cambalaches que se cerraban, sólo sintió un deseo vago: fumar una pipa de kif.

VII

Hansen, cada día más andrajoso, deambulaba bajo las arcadas en busca de Marieta, que hacía tres días no aparecía por el bar-concierto Garibaldi.

Arrastraba su cuerpo de gigante por todos los cafés escudriñando el rostro de las cigarras en el resplandor amarillento de las luces, aturdiéndose con libaciones frecuentes.

Pero su busca era estéril.

Los ojos del antiguo marino se enrojecían de ira y de whisky. Pero la encontraría...

En la puerta de un sótano lleno de músicas y de figuras confusas se encontró de manos a boca con Mohamed Alí y lo agarró del cuello con sus manazas de cíclope.

Mohamed Alí se dobló como un muñeco y un grupo de transeuntes se arremolinó en torno de ambos.

Los separaron con algún trabajo y los obligaron a seguir cada uno por su lado, antes de que el asunto se complicara. Pugilatos repentinos, silenciosos, como aquel, era cosa corriente en la puerta de Babel, y todos, transeuntes y dueños de tiendecillas, estaban habituados a tales escenas.

Frotándose el cuello dolorido, Mohamed prosiguió su marcha apareciendo y desapareciendo entre los gruesos pilares. Comprendió el motivo del ataque brutal, y él, a su vez, sintió un desprecio profundo por los hombres rubios que no creen en nada, que beben alcohol hasta morirse, y que matan por una mujer.

Sabía que Hansen andaba enloquecido en pos de Marieta. Por un instante tuvo el impulso de volver sobre sus pasos, de llamar al gigante y decirle que Marieta estaba en el bar árabe de la calle Reconquista.

Se encogió de hombros.

Que la hallara, si Alá lo había dispuesto así.

Las ropas de Mohamed Alí, nuevas un tiempo fugaz, también se iban haciendo harapientas, como las de su antiguo compañero. Ambos, el árabe taciturno y el noruego desesperado, iban cayendo en las aguas negras e inmóviles.

IX

El ruido del viento del Sur entre los pilares del Paseo le hacía pensar en el rumor de las brisas del Sudán agitando las arenas resecas de las dunas,

allá en el país natal, lejanísimo, casi fabuloso.

Habían transcurrido días, tres, cuatro, desde que viera a Marieta en la "hamada" y el noruego lo acogotara en la entrada del sótano.

Desde entonces nada sabía de él ni de ella. Las bajas corrientes de la miseria se los habrían llevado a la deriva, a otros lugares. Marieta estaría con otros amantes, en otro bar.

Hansen acaso se habría muerto, o lo hubieran llevado a la cárcel.

A Mohamed poco le importaba de aquellas vidas. Sólo pensaba en fumar un poco de kif, en algún bar oculto, donde se servía un café más espeso que el barro del puerto en los días de lluvia. Pero en Buenos Aires nadie fumaba kif.

Una o dos veces entró a los bar-conciertos de las arcadas.

Siempre las mismas cigarras, taconeando en los pequeños tablados; siempre las mismas gentes, rudas y extrañas; siempre las mismas penumbras en el Paseo de Julio; siempre los mismos héroes taciturnos, ennegrecidos por el humo, presidiendo las obscuras veladas del bar Garibaldi.

Vagamente, sin curiosidad, solía pensar en la pasión del noruego, en su encuentro de aquella noche

que parecía tan distante, en sus pasajeros amores.

Se hundía entre los plátanos de la plaza Colón, escuchando los rumores misteriosos.

La Cruz del Sur, solitaria y magnífica, lucía sobre el inmenso hormiguero humano de Buenos Aires como un signo de eternidad. Sus cuatro pupilas, en el claro cielo de verano, contemplaban el sueño de los palacios y de las avenidas, el insomnio de los grandes navíos, el ir y venir en las sombras de los hambrientos en pos de un mendrugo, de los parias en busca de un rincón donde dormirse.

Saltó sobre los cuerpos confusos de los dormidos, entre las arboledas, y cuando llegó a un lugar apropiado y solitario, se prosternó piadosamente, vuelto hacia el este, y murmuró la plegaria de la medianoche, la quinta oración de los creyentes.

—"A Dios vuelven todas las cosas, y no hay más divinidad que Dios, y Mahoma es el enviado de Dios..."

El jadeo profundo de un hombre interrumpió su rezo. Una mano de cíclope se apoyó en su hombro, haciéndole caer cuanto largo era sobre el césped.

Era Hansen.

A la luna lívida de un arco voltaico, el semblante del noruego causaba espanto.

Mohamed, que no tenía miedo de la muerte, porque el alma de los buenos creyentes vuelve a Dios, sintió un estremecimiento de terror.

Pero el que temblaba era Hansen.

El espanto del titán era terrible. Sus dientes castañeteaban, y la mano que había arrojado a Mohamed sobre el césped se agitaba violentamente.

Mohamed se incorporó.

Sin pronunciar una palabra, echó a andar a través de los árboles. Allá detrás de los plátanos de la plaza Colón, el Paseo de Julio, luminoso y familiar, aparecía como una feria de pesadilla.

En breves minutos estuvieron bajo las arcadas. Las musiquillas interminables cantaban en la noche turbia y febril. Los vagabundos taciturnos se deslizaban por la vía angosta y sonora, despertando a los murciélagos.

—¡Allí! ¡Allí!

Entraron al bar-concierto. Las cigarras del hambre estaban en las mesas. Una mujer ya entrada en años, pintarrajeada y trágica, cantaba en el "ring" una de las canciones sin patria, un viejo fado de

Portugal, de esos que se escuchan en las tabernas de Swansea y de Trinidad, de Marsella y Montevideo, de Vigo y Nueva York.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Hansen señalaba, con dedos temblorosos, a la mujer que cantaba el fado. El inglés ciego, lívido y sudoroso, aporreaba el piano denodadamente, y la mulata martiniqueña bebía "creme de menthe" con un negro, en un rincón.

Mohamed Alí contempló a la mujer, que era la misma que una tarde, pocos días antes, había visto entrar a la "hamada" de la calle Reconquista con Marieta.

En los ojos extraños de aquella mujer ardían todas las pasiones de la humanidad. Por sus mejillas pintadas parecían haber corrido todas las lágrimas de las edades. Era la musa de todos los puertos, la gaviota de todos los muelles. Una boa, no obstante el calor de la noche de diciembre, ceñía su cuello. Sus labios, sangrientos de khol, modelaban el fado viejo y dulcísimo de los montes lusitanos.

Maruxinha, gentil maruxinha,
O moendo, moendo, moendo...

La cigarra enmudeció de pronto, y el ciego, advirtiendo de que algo extraño sucedía, se detuvo y se volvió, como si sus muertas pupilas trataran de ver...

La mujer había visto a Hansen. Y Hansen la volvió a ver, como antes, en el café concierto de Brest, cuando era joven y bella, y se amaban...

La volvió a ver en el camastro de la rue de Notre Dame, en Marsella, con el cuello abierto de una cuchillada, bañada en un mar de sangre.

Era la misma. La Marieta que el antiguo marino había amado en un puerto remoto, hacía interminables años. La que lo engañó, y a la cual creyó haber asesinado después, mucho después, en el lúgubre barrio del Sombrero Rojo.

Los héroes, indiferentes, permanecían firmes en sus marcos ennegrecidos. El alcohol seguía corriendo por las mesillas, como cascadas de lágrimas amarillentas y venenosas.

Entonces sucedió algo horrible.

Hansen, con los ojos fuera de las órbitas, llevándose por delante hombres, mujeres, mesas, sillas y botellas, se dirigió ciegamente hacia la trágica cigarra.

Le arrancó la sucia boa, y una cicatriz enorme,

lívida, apareció. Era la otra Marieta de Brest, la degollada de Marsella, la maldita.

Todos los años de su vida inútil, todo el dolor dormido de su infortunio, surgieron en el cerebro del ex hombre, al mirar aquel despojo humano, a aquella mujer que había sido bella, y que lo había arrojado por el mundo, loco de ira y de sed.

El chillido de una mujer lo trajo a la realidad. Nadie se atrevía a acercarse a aquel gigante rubio que contemplaba a su víctima con ojos que ardían.

Las manos de cíclope se alzaron lentamente. La mujer lanzó un grito. Pero las manos que un día habían acariciado sus cabellos, las mismas manos que un día habían querido degollarla, ceñían ahora su cuello, sentían la cicatriz lívida, apretaban... apretaban cada vez más...

Ella, con la visión de la muerte en sus ojos pintarrajeados, en el resplandor de pesadilla de las luces del bar, en presencia de las cigarras mudas de espanto, acaso vió de nuevo, a través de la bruma de los años, a un joven marino de rubios cabellos, de ojos azules, que le hablaba de amor en una ciudad lejana...

Sonó un disparo. Hansen, sin lanzar un gemido, cayó de bruces sobre la cigarra muerta. Un camarero del bar le había hecho fuego a dos pasos de distancia, en medio de la espalda.

X

Mohamed Alí marchaba solo, en medio de las voces familiares del Paseo de Julio, siempre igual, siempre inquieto y siniestro. El amor y la muerte, la venganza y el dolor habían derramado otra gota de sangre bajo sus arcadas. Otros espectros se sumaban a sus visiones. Los muertos, sangrientos y horribles, se habían ido; los vivos continuaban monologando con sus almas, las almas sombrías del Paseo de Julio.

Era un viernes y cerca de la medianoche.

Se acercaba la hora de la quinta plegaria. Pero aquella noche Mohamed Alí no tenía deseos de rezar. Le daban asco los hombres, y también las mujeres.

—¡Allahú Akbar!

No. Dios no era grande, puesto que permitía que

los hombres se murieran de hambre y de amor bajo las estrellas magníficas, en el corazón de las ciudades inmensas; que fueran desgraciados y que arrastraran su dolor hasta la muerte.

Al salir de las arcadas, vió una mujer que subía a un automóvil. Era Marieta Brentano, que se iba para siempre del Paseo de Julio.

Era la cigarra del hambre, transformada en mariposa de lujuria; la gaviota de los muelles, convertida en golondrina de amor, que se lanzaba en busca de los veranos, mientras allí, en los antros, las hermanas cigarras proseguían la obscura miseria de sus días, mientras el Paseo de Julio reanudaba su negra canción interminable.

Arriba, la ciudad inmensa, deslumbrante de oro y de luz, alzaba la voz de sus noches inquietas, bajo las pupilas temblorosas de la Cruz del Sur.

Abajo, seguían deslizándose las caravanas de los parias, aplastados bajo la grandeza de Buenos Aires, oprimidos por la pesadumbre y la gloria de la existencia.

Mohamed Alí, siguió andando.

Una canción de tres notas, vaga y melancólica, triste como la vida, vibró bajo las arcadas del Paseo

de Julio, asustando a los murciélagos en la clara noche de verano:

El amor llega para el último de los hombres...

Mohamed Alí suspiró por vez postrera...

—¡Allahú Akbar!

EL CHINO DEL DOCK SUR

I

El chino estaba melancólico.

Desde hacía más de un mes los transeuntes, los vecinos y los vigilantes de la calle Colorado lo veían inmóvil y meditabundo en la puerta del lavadero, fumando su delgada pipa de bambú, o mascando nueces de betel, con sus ojos de almendra fijos en las arboladuras de los navíos próximos.

Pensaba en cosas vagas, confusas; las cosas que puede pensar un chino que trabaja en un lavadero de ropa de un barrio sucio y miserable de Buenos Aires... Pensaba en la inmensidad de la distancia que separa el Bund de Shangai y el Dock Sur de Buenos Aires; en lo turbias y amarillentas que eran las aguas del Río de la Plata, comparadas con las ondas nativas del remoto Yang-Tse-Kiang, en

cuyas riberas cubiertas de ciruelos sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, etc., se ganaban la vida desde antes de la era cristiana arrastrando los juncos cargados de arroz en el paso de los rápidos.

Honda melancolía llenaba su alma silenciosa y obscura. Había llegado hacía dos años a Buenos Aires, en la proa de un "Marú". Pero no había tenido suerte. Ensayó varios oficios, pero en todos lo persiguió su mala estrella, su destino maldito.

En el fondo de su tristeza cantaba, intensa y sutil, una nostalgia. A él no le importaba ser pobre, sumamente pobre, como lo habían sido sus antepasados, como lo serían sus descendientes, — si algún día llegaba a tenerlos. Un puñado de arroz hervido le bastaba, un jergón en el fondo del lavadero y un traje viejo completaban el programa material de su existencia. Pero...

¿Por qué no había en Buenos Aires, más grande que Sanghai, más rica que Cantón, más bella que Bombay, sótanos misteriosos donde jugar al faro los centavos del lavadero; sublimes fumadores de "chanfú", beldades multicolores como las que hacían las delicias de los grandes puertos y las ciudades que había conocido?

Más de una vez había tratado el asunto con Ya-

ma Oji, un "yamato" de Nagasaki, que había venido hacía seis años al Río de la Plata, y vivía en la calle Wenceslao Villafañe, a pocos pasos del lavadero.

Yama Oji, que era dependiente de un almacén japonés de la avenida Almirante Brown, sonreía sin contestar. No. El no estaba de acuerdo con aquella nostalgia...

El chino, que se llamaba Wang, le había explicado muchas veces los sublimes sueños que le había producido el "Chanfú", allá en los fumaderos de Cantón y de Shangai. Le narró en inglés sin erres, — el principio del éxtasis, el ruido ensordecedor de cobres, después de las primeras aspiraciones, el silencio y la niebla azul, que seguía, los rostros hechiceros, monstruosos, diversos, que iban apareciendo en la niebla azul cuando la pipa de bambú se caía de sus manos, las pagodas que veía en las orillas de los ríos fantásticos de su sueño, las garzas volando como inmensas mariposas sobre su cabeza...

Yama Oji movía la cabeza.

—No... Aquí no hay, — decía gravemente, — antes había uno, en la calle Garibaldi, pero ya no está más.

Wang sentía que lo embargaba un desconsuelo profundo.

II

Siempre se había llamado Wang, así, a secas. A los dos meses de llegar un láscaro que trabajaba como cocinero en una fonda griega del Retiro le dijo que en Buenos Aires solamente los caballos y los perros tenían un solo nombre. Wang se quedó asombrado.

El cocinero le aconsejó que se inventara un nombre, dejando el Wang como apellido.

Entonces el asiático, después de mucho pensarlo y de consultar a todos los "yamatos" del barrio, adoptó el bíblico nombre de José. Y su nuevo nombre apareció en los periódicos, en unos avisos de servicio doméstico que decían así:

"Joven chino, sabe cocinar, coser, lavar ropa de toda clase; sólo habla inglés, se ofrece; escribir a José Wang, calle Colorado 1127".

Este aviso se publicó varias veces, en "La Nación", y el "Buenos Aires Herald", en inglés y español.

Sólo recibió dos contestaciones. Una era de un

caballero norteamericano que vivía en Belgrano, en cuyo servicio sólo permaneció Wang dos días, porque al segundo se le quemó horriblemente un pollo.

La otra carta era de un señor argentino, en cuya casa llegó a estar nueve días. Pero quiso la fatalidad que Wang viera un ídolo de marfil que el señor argentino había traído de sus viajes, y que tenía sobre su escritorio... y Wang se lo apropió tranquilamente.

Después vendió pañuelos de seda, abanicos de papel pintado, elefantitos de hueso, por las aceras y las terrazas. Pero le fué mal. Era tan mal buhonero como mal sirviente.

Wang comprendía que la culpa era suya. Todos los asiáticos que él conocía en Buenos Aires trabajaban mucho; unos estaban empleados en las fábricas de alpargatas y de gorras de Barracas, otros eran comisionistas de artículos exóticos, otros, principalmente los japoneses, los "yamatos", entraban a servir en las casas de los ingleses o de los argentinos, o eran mozos de café, o lavaplatos en los restaurants.

Pero él, Wang, no. Durante sus peregrinaciones por la calle Callao, Santa Fe, la avenida, Rivadavia, se quedaba extático, añorando los paisajes y

las alegrías de las otras ciudades que había conocido en una época venturosa y no lejana.

Se le resecaba la lengua y se le encogía el corazón pensando en todas las cosas agradables y bellas que había perdido al venir a esta ciudad tan grande.

Merodeaba por los antros ribereños, con sus pañuelos de seda, sus elefantitos de hueso y sus abanicos de papel a cuestas, desconsolado y solitario.

Se paseaba a lo largo de las vías populosas, mezclado entre las gentes, un átomo humano, andrajoso y melancólico, confundido entre las multitudes afanosas y apresuradas.

Y nadie reparaba en él, un pobre chino de ojos de almendra, mal vestido, de rostro color limón, que vendía baratijas por toda la ciudad, de la Dársena Norte hasta la plaza de Flores, desde el puente de Barracas hasta las barrancas de Belgrano.

¡Pobre Wang!

Y sin embargo, con su miseria, con su color amarillo, con sus atroces nostalgias del opio, llevaba un soplo fuerte y extraño del Oriente por las calles de Buenos Aires...

III

Había ido a dar al lavadero por inercia, arrastrado por las circunstancias. El había considerado la evolución muy natural. En el lavadero obscuro, sucio, mal oliente, medio asfixiado por el olor a jabón, podía soñar a sus anchas. Cuando colgaba la ropa lavada y blanquísima en el negro patio del conventillo de la calle Colorado, podía evocar las visiones del río nativo, volcando sus aguas azules en los siete rápidos, las grandes garzas blancas volando majestuosas sobre los arrozales, los lentos juncos rodando sobre el Yang-Tse-Kiang en las madrugadas de primavera, al canto lejano de los "coolíes".

En todo el barrio había muy pocos connacionales, pero en cambio abundaban los "yamatos". El no tenía el menor afecto por los hombres de aquella raza extranjera, pero los respetaba porque los consideraba superiores a él. Los respetaba en cierto modo, al verlos tan trabajadores, tan sobrios, tan silenciosos, que son — por lo menos estas dos últimas cualidades, — las virtudes más altas para los asiáticos color limón.

Por otra parte, no dejaba de despreciarlos. Los "yamatos" no sentían nunca nostalgias del "chanfú", del "bahng", ni siquiera del acónito y del betel, que son para los buenos chinos las muertes más dulces y pasajeras de la vida, las que sumen en maravillosos estupores, las que consuelan de la pobreza, del hambre, de la soledad, de la ausencia y del olvido...

Wang estaba convencido de que en los cielos de Buda había fumaderos de opio, donde mujeres de rizos negros y dorados servían las largas pipas de bambú; fumaderos vastos, llenos de perfumes y de músicas, no como los fétidos cuchitriles de Shanghai, de Cantón, de Singapur y de Bombay, llenos de negros enfermos de escorbuto, con sus inmundos jergones llenos de parásitos, apestando a sudor, a mugre y a muerte.

Y los japoneses conocían los pensamientos de Wang. Allá en las islas de las cigarras, le hubieran devuelto este desprecio; pero en Buenos Aires casi lo sentían uno de los suyos, por una afinidad misteriosa y lejana que acaso no era más que la afinidad del color limón.

Y Wang, — José Wang, para darle su nombre completo, — seguía lavando la ropa, y pasando las

tardes frías y lluviosas en la puerta del conventillo de la calle Colorado, mascando nueces de betel y contemplando la arboladura de los navíos con sus ojos de almendra.

Hasta que un día recibió una gran noticia, una noticia que durante tres noches le quitó el sueño y durante tres días le hizo quedar absorto y ensimismado sobre la ropa que tenía que lavar, y que permanecía sucia y abandonada.

IV

La verdad es que por aquel tiempo un gran amigo de Wang, el primero de los dos que tuvo en Buenos Aires, había muerto.

Era el láscaro que trabajaba como cocinero en la fonda griega del Retiro. Lo habían despedido de la fonda hacía varios meses, y el pobre láscaro había andado hambriento bajo las arcadas del Paseo de Julio, mendigando trabajo y pan, pero sin encontrarlo.

Un día había aparecido flotando en el dique, hinchado y horrible. Wang lo supo, pero no se preocupó mayormente. Pensó que el cocinero ya estaría en los lejanos fumaderos de Buda, olvidado

de la fonda, de Wang, de sus islas remotas, mientras las beldades de rizos lujuriosos le servían la gloria de la vida en las pipas de bambú.

No. No era esa muerte obscura y anónima la que conmovía a Wang. Era algo extraordinario, estupendo.

En un rincón del Dock Sur, cerca del negro carbón de los navíos, próximo a las casuchas de hojalata donde vivían, sufrían, amaban y morían las hormigas y las cigarras de la miseria, un coreano desconocido había abierto un figón lleno de dulces misterios...

A los cuatro días, en cuanto pudo abandonar el lavadero, allá se fué Wang en busca del oasis.

Obscurecía, y una lluvia lenta y finísima descendía sobre la aldea negra de la Boca, reavivando los olores extraños, despertando voces misteriosas en los muros de hojalata de las viviendas siniestras.

Esa tarde, en ese lugar, trajo a la memoria de Wang visiones del Bund del Sanghai. Las mismas callejas estrechas y lóbregas, los mismos olores penetrantes, los mismos pequeños de rostro enfermizo, los mismos gatos muertos en medio del arroyo...

Caminaba lentamente bajo la lluvia monótona y fría, pensando en el bar del coreano. Acudían de

nuevo a su memoria los recuerdos inolvidables de las ciudades lejanas, las visiones de las urbes y los puertos remotos, mientras atravesaba las callejas misteriosas, mientras se hundía en el rezago de la Boca, y cantaba sus oídos el alma obscura de la barriada.

Orilló los muelles, negros y poblados de figuras confusas que se esfumaban en la humedad de la niebla. Pasó frente a los cafetines llenos de humo y de ebrios que cantaban. La voz aguda, estridente, de los gramófonos, le hirió al pasar.

Wang apresuró el paso. Temblaba de impaciencia. Sus piés resbalaban en las aceras húmedas que reflejaban la pálida luz de los faroles. Las lámparas de tormenta, que ya se habían encendido en los navíos, lucían en la sombra como pupilas enfermas.

Los acentos del barrio marinero avivaban sus memorias.

En la Boca, en el Dock Sur, en el dique, todo tenía la negrura de las ciudades familiares de otros continentes.

La isla Maciel, sombría y misteriosa, se alzaba frente a él, con sus poblaciones dormidas, sus antros tenebrosos, sus perros desolados ladrando a la noche cercana.

Flotaba un viento de miseria, de crimen, de terror, en las barriadas ribereñas agazapadas en el crepúsculo. Y aquel viento estremecía el corazón de Wang.

De pronto, entre las hileras de casuchas de madera y de zinc, escondida detrás de las siluetas inmóviles de los navíos, Wang vió una luz, una luz azul, vívida, inequívoca.

Era el signo de China, la luna azul que los chinos desterrados encienden en sus barrios de los puertos del mundo, como el espíritu del Asia llamando a los suyos a las orgías del opio y del morir...

Se acercó lleno de emoción. No le habían engañado. Los olores de antaño llegaron a su olfato, los olores del Oriente, a mugre y a muerte...

Se detuvo un instante frente a la luna azul.

De adentro se escapó un rumor familiar, dulce, inolvidable: el son de un violín monocorde, como el que él oía tocar cuando era pequeño a los mendigos leprosos de las aldeas del Yang-Tse-Kiang.

Y Wang entró.

V

¡Oh, muchacha: los arroyos y las colinas sonríen en la gloria de la primavera: el luminoso sol envuelve las arboledas; la brisa se lleva las flores que caen; la nube solitaria se acerca a la colina y los pájaros se acercan a sus nidos; todas las cosas tienen un asilo donde ir: pero yo soy una hiedra que no tiene un árbol al cual enroscarse, ni un muro al cual asirse; pero eso, así, bajo la luna, canto a la fragante flor, y te estrecho junto a mí, ¡oh flor de las aguas, oh flor de la luna...!

Era una canción de amor, que durante siglos habían cantado muchas generaciones de "coolíes" en las márgenes de los ríos tutelares, en los arrozales pantanosos de China. Era una balada de Cheng Hueng, un ruiseñor del tiempo de Confucio, que cantaba entre la mugre y la sombra del Dock Sur.

Y el que cantaba era Wang. Wang, olvidado de su nostalgia y de su miseria, de la ropa sin lavar que lo esperaba en el fondo del conventillo. La cantaba con toda el alma, como la habían cantado sus antepasados, bajo los ciruelos en flor, como la seguían y la seguirían cantando todos los chinos

andrajosos y errabundos en los puertos del planeta, al resplandor de la luna azul.

El violín monocorde de los leprosos gemía en el crepúsculo del puerto, y los perros de la isla Maciel respondían aullando desde las casuchas de hojalata.

Pero Wang era feliz. Le parecía que un pedazo de la China había venido hasta él, en aquel rincón de Buenos Aires.

Las figuras extrañas, escuálidas, se esfumaban en las espesas nubes del humo de las pipas, porque todos fumaban en el interior brumoso y mal oliente de "La luna azul".

Aquí empieza otra etapa en la vida que Wang llevó en la vasta y maravillosa Buenos Aires.

En el curso de esta crónica contaremos cómo conoció a otros hombres y a una mujer, cómo se entregó a los estupores sublimes del "chanfú" en las veladas del Dock Sur, mientras sus connacionales, los emigrados hambrientos de Fokien, los desertores de los "Marús", tocaban los violines de una cuerda y se embriagaban con licores de Escocia, lo mismo que si estuvieran en Madrás, en Liverpool o en San Francisco.

Porque, oh lectores, oh Wang, la vida es cosa

pasajera, — canta el versículo coránico, — y pasa como la nube. Y para que pase más pronto, Buda permitió que los hombres se murieran un poco sin salir del todo de la vida; a los hombres color limón y a los hombres de rostro blanco como la flor de los ciruelos...

VI

Era hija de unos andaluces miserablemente pobres que vivían, — o trataban de vivir, — en el barrio de los amarillos. El padre tenía el rostro prodigiosamente lleno de arrugas, y solía embriagarse con regularidad cotidiana. La madre, flaca y enfermiza, trabajaba todo el día como sirvienta en un hotelito del Paseo Colón, no muy distante del barrio, y la hija lavaba la ropa dominguera de los cargadores de la Dársena Sur y de sus mujeres.

Se llamaba Lola, y su hermosura podía dar motivo a discusiones entre algunos. Pero a Wang le parecía que en aquel rostro moreno, picado de viruelas, nervioso y movible, estaba concentrada toda la hermosura humana.

La amaba, esta es la verdad. La amaba con toda la fuerza de su alma poética; porque, a pesar de

todo, de la ropa sucia, de la miseria, de su color azafrán, de sus ojos de almendra, Wang tenía un alma de poeta.

Aquel amor databa de algún tiempo. A fuerza de verla en el patio del conventillo, inclinada sobre la batea, cantando sus coplas nativas, Wang había llegado insensiblemente a enamorarse de Lola.

Claro está que jamás se lo dijo, ni siquiera se lo insinuó en modo alguno. Era el suyo un amor secreto, que resplandecía en sus ojitos torcidos y brillantes cuando Lola, arrastrando sus chanclos, se dirigía a su batea con un montón de ropa sucia bajo el brazo desnudo, cantando:

Anda tú y dile a tu mare
Que no me quiere por probe;
Que er mundo da muchas güertas:
Ayer se cayó una torre.

En el cementerio entré,
Y dije al sepulturero:
Que Dios te dé la salú
Pa esperarme mucho tiempo...

No eran las coplas las que conmovían a Wang, que no entendía una palabra. Era quien las cantaba lo que estremecía su obscuro y poético corazón.

Se quedaba embobado, mirándola, mientras el agua corría sobre la ropa sin lavar y el jabón se disolvía.

Con un gran suspiro volvía al trabajo.

Lola no podía ver al melancólico chino sin soltar la risa. Le parecía tan cómico el espectáculo de un hombre lavando ropa desde el alba hasta el obscurecer. No era un hombre como todos los demás, claro, tan amarillo, tan flaco, con unos ojos torcidos, que parecía salido de un biombo; pero era un hombre, en fin...

Wang no acababa de comprender la risa de la muchacha. Pero pensaba que cuando se reía se volvía mucho más bella, con aquellos dientes tan grandes y tan blancos.

Cuando se dió cuenta de que el hombrecillo color azafrán la miraba con expresión amorosa, soltó la carcajada.

Y al llegar al patio, antes de que saliera el sol, cuando la dársena se llenaba de voces y de rumores, le soltaba coplas agudas, que arrullaban el alma soñadora del chino.

Pronto comprendió Wang que su amor no tenía esperanza. Y para consolarse, menudeaba sus visitas al Dock Sur. Después de conversar un rato

con el coreano y con los "coolíes" de Fo-Kien al lado del mostrador, se deslizaba como una sombra al interior de "La luna azul" y se tendía sobre un camastro de tablas. Alguna que otra figura encogida y cadavérica se perfilaba en los rincones del antro. Eran los devotos del "chanfú".

Y allí daba principio al éxtasis. Las voces de la Boca, los rumores de los diques, los cantos melancólicos que salían de las viviendas de hojalata se iban apagando lentamente con las primeras aspiraciones, hasta que comenzaba el estrépito de los cobres invisibles en el cerebro del dormido, y el antro se poblaba de nieblas azules.

Era el sueño familiar que había explicado tantas veces a Yama Oji en el conventillo; era el sueño mortal y dulcísimo de la droga asiática, que asoma a los miserables a los paraísos de Buda.

Wang se entregaba a estas orgías todos los sábados, al crepúsculo. El sueño se prolongaba breves horas, pero Wang vivía en ellas siglos de felicidad.

El antro nauseabundo se poblaba de rostros de mujeres, sonrientes y divinos, orlados por cascadas de rizos, las grandes garzas pálidas entraban volando por las ventanas de "La luna azul"; el dor-

mido, inmóvil y rígido, oía los cantares nativos de los arrozales en la primavera.

Luego comenzaban las pesadillas. Eran horribles danzas, en las cuales los íncubos y los súcubos bailaban en torno suyo, se posaban sobre su rostro, sobre su cuerpo inerme...

Un gato escuálido, esquelético, un gato opiómano, se arrastraba entre los dormidos, olfateando las pipas de bambú que caían de las manos flacas de los fumadores.

Cuando Wang volvía a la realidad, le parecía que se iba a deshacer en pedazos. Entonces el coreano le servía un vaso de whisky apócrifo y ponzoñoso, que restauraba en parte sus fuerzas y lo hacía salir tambaleante de "La luna azul", por los muelles nocturnos, donde Wang iba tropezando con los roedores y pensando en la infinita sabiduría de Buda.

VII

Frecuentaba el bar del coreano un hombre inquietante para Wang.

Era un chino gordo y grasiento, con tatuajes en las manos y manchas en el rostro. Gastaba mucho dinero y no parecía trabajar en nada.

En el centro del bar, volcado sobre una silla, este misterioso personaje contaba historias maravillosas.

Había estado en todas partes; había vivido en los barrios amarillos de Capetown y de Londres; había sido "coolie", marinero, comerciante, y hablaba fácilmente todos los idiomas.

Se llamaba Tai Lee.

Wang, temblando con los efectos de la droga, solía escuchar las extrañas historias que contaba aquel hombre. Le tenía miedo y admiración a un tiempo.

Pero Tai Lee no contaba la más interesante de sus historias: la de su venida a Buenos Aires. El había estado muchas veces en el Río de la Plata, cuando cocinaba o cuando era marinero en los navíos que iban del Pacífico a los puertos de Alemania o de la Gran Bretaña. Conocía la inmensa ciudad cuya leyenda había llegado al Asia. Cuando en los sótanos o en los muelles de Singapur, de Hong-Kong, de Yokohama, los "coolíes" hambrientos preguntaban cómo era aquella ciudad prodigiosa y remota, Tai Lee los miraba con aire de protección y les decía que era más blanca que Pekín y más dulce que Singapur, pero que los buenos chinos

deberían irse a Lima, a México, o a Río de Janeiro.

Pero la ciudad que más amaba Tai Lee era Londres. Describía la vida de los buenos chinos, los "chinks", en los Docks de las Indias Orientales, en la gran U. del Támesis; los barrios donde no se oían más que los dulces dialectos de Fo-Kien, de Tai-Ping, ·del Tan-Hai, con sus calles angostas y llenas del humo eterno de las quemas; las lunas azules encendidas día y noche frente a los inmensos navíos, o en el amparo de los callejones ciegos; las judías rubias del barrio de Shadwell...

La boca se le hacía agua al hablar de las judías rubias de los muelles de Londres; sus ojitos penetrantes y ratoniles se fijaban en Wang, que sentía escalofríos.

Después Tai Lee hablaba de otras ciudades, de otros países que había conocido en su vida errante y aventurera. Había trabajado como cocinero en los campamentos diamantíferos de Kimberley; había estado en las islas Marquesas, en California, en Hawai, que es el paraíso de los "chinks".

Solían llegar hombres de los navíos al bar de "La luna azul". Hombres rubios que bebían ríos de whisky y que hacían señas de interrogación al

coreano, el cual contestaba siempre negativamente. No. El "chanfú" de "La luna azul" era para la gente de su raza, silenciosa y discreta, que jamás lo vendería.

Frecuentaba también el bar un "yamato", el único. Vivía en la calle Colorado, pero estaba sumamente desconceptuado entre sus compatriotas por su inclinación fatal hacia los licores escoceses. Los demás "yamatos" se avergonzaban de él y lo consideraban un atorrante, así es que el paria para consolarse se refugiaba en "La luna azul".

El atorrante amarillo solía trabajar de vez en cuando, para no perder la costumbre. Iba a vender por las calles centrales objetos que, según él, le regalaban sus connacionales de los "Marús", pero cuya procedencia inspiraba sospechas en el barrio.

Estas sospechas no carecían de fundamento. Amiru, — que así se llamaba el paria, — había sido detenido varias veces por la policía en indagación de algunos hurtos. Nunca se le pudo probar nada, pero Amiru figuró en las estadísticas policiales de Buenos Aires con un modesto 1 en el ítem de la delincuencia de su nacionalidad.

Wang, el honrado y poético Wang, justo es de-

cirlo, nunca intimó con este personaje tan poco recomendable, que era el principal admirador del corpulento Tai Lee y su gran amigo.

VIII

Lola seguía entonando sus coplas, mientras frotaba su ropa en el patio. Wang la amaba con igual silencioso ardor, quizá más que nunca.

Un día confesó a Tai Lee su pasión secreta, y Tai Lee le miró atentamente. En cuestión de mujeres, él...

Wang le enumeró los encantos de la lavandera, en su lenguaje siempre poético, y luego le narró las obscuras tribulaciones de su alma.

Tai Lee le dió un consejo, que Wang siguió con el corazón lleno de renovada esperanza.

—Si a ella le gusta cantar, como las alondras cuando el sol ilumina los arrozales, — le había dicho Tai Lee, — entonces tú, oh Wang, debes cantarle también canciones más dulces que las flores del betel...

El enamorado pidió prestado un violín al coreano, un violín monocorde perteneciente a un "coolie" que estaba enfermo en el hospital, y una noche

lo llevó ocultamente al conventillo. Pasó revista en su memoria a todas las baladas de amor que sabía. Recordaba muy pocas. La que mejor sabía era aquella de Cheng Hueng, que había aprendido cuando era pequeño, oyendo a los mendigos de las aldeas, en las riberas del río natal.

En la soledad maloliente de su cuchitril afinó el violín y ensayó, tarareando, la balada de siglos.

Esperó al día siguiente. Poco después del amanecer, cuando la Boca despertaba en el trajín mañanero de las barriadas sórdidas, vió que la lavandera salía de su pieza.

Lola, que era una alondra de la miseria, y tenía que cantar o morirse todas las madrugadas, hizo vibrar el patio soñoliento con una copla:

No vuelvas más a la reja
que la encontrarás cerrada:
el amor que se va un día
sabrás que no deja nada...

Si Wang hubiera comprendido mejor el español, aquella copla que vibraba en el aire frío de la mañana, le hubiera parecido un presentimiento.

Pero no la comprendía, y en su ignorancia era feliz.

Templó bien el violín, y cuando Lola terminó su copla empezó la balada de Cheng Hueng:

Oh, muchacha: los arroyos y las colinas sonríen en la gloria de la primavera; el luminoso sol envuelve las arboledas; la brisa se lleva las flores que caen; la nube solitaria se acerca a la colina y los pájaros se acercan a sus nidos...

Una carcajada sonora, irresistible, interrumpió la balada.

Puesta de jarras en medio del patio, Lola reía con toda el alma, como sólo saben reir las mujeres de su raza ebria de sol.

El violín del "coolie" emitió una nota larga y plañidera, y se quedó silencioso en las flacas manos de Wang.

Cuando la hilaridad de la lavandera dejó de ser tan ruidosa, el enamorado continuó:

... Todas las cosas tienen un asilo donde ir; pero yo soy una hiedra que no tiene un árbol al cual enroscarse ni un muro al cual asirse...

Con los ojos cerrados, tratando de volcar toda su pasión en la canción viejísima de los idilios chinos, Wang prosiguió:

... Por eso así, bajo la luna, canto a la fragante

flor y te estrecho junto a mí, oh flor de las aguas, oh flor de la luna!

Lola ya no reía.

Se había tornado seria, mirando al cantor con ojos de asombro.

—¡Toma! Y "eso" canta... — fué todo lo que dijo.

Wang la contemplaba lleno de renovada esperanza. ¿Le habría hecho efecto la canción antiquísima que en siglos que pasaron había hecho temblar de amor tantos corazones chinos, allá en las márgenes del Yang-Tse-Kiang, cuando los ciruelos florecían en la primavera?

Lola seguía mirándolo con la estupefacción pintada en su rostro de variolosa. Se resistía a creer que "aquello" podía cantar. Las palabras de la balada, naturalmente, eran un misterio para ella; la musiquilla trémula del violín de una cuerda no le había dicho nada.

¿Pero qué iba a comprender la pobre Lola, que no sabía ni siquiera leer ni escribir, de la poesía intensa y sutil de aquel cantar de centurias que en una pasión de ánimo escribió un ruiseñor del tiempo de Confucio y ayudó a multiplicar la raza de los "coolíes" en las márgenes del gran río de China?

Después de mirarlo unos instantes se encogió de hombros y se volvió a su ropa, pues era mucha la que debía lavar en aquel día, víspera de sábado.

A la tarde siguiente Wang devolvió el violín al coreano. Tai Lee estaba bebiendo whisky en un rincón, y a él fué a contarle Wang cómo la muchacha se había reído cuando dió principio a la balada de Cheng Hueng y lo había mirado con asombro después.

Tai Lee apuró su vaso de ponzoñoso whisky, se enjugó sus labios gruesos y trémulos, y dijo:

—Oh Wang, todas las mujeres son iguales y el camino que conduce a su corazón tiene más vueltas que el Yang-Tse-Kiang cuando llega a los rápidos. Pero ella te amará, porque yo conozco a las mujeres, oh Wang...

Esa noche, allá en las profundidades del antro, fumó dos pipas de "chanfú". El rostro picado de viruelas, divino y lejano, de la lavandera, se le apareció durante el éxtasis, rodeado de garzas blancas y de lotos monstruosos.

El domingo al amanecer volvía tambaleando por los muelles.

De rato en rato se detenía a descansar. Le pare-

cía que iba a dejar por el camino los brazos primero y los pies después.

En sus pausas se sentaba en el paredón de piedra y contemplaba los navíos. Uno de ellos le había traído un día, hacía más de dos años, del Bund de Shanghai, donde había sido feliz. ¡Ah! ¿Por qué había escuchado el consejo de aquel marinero de Pe-Chi-Li, de venirse al Río de la Plata? En cualquier otra parte hubiera estado mejor, en México, en el Brasil, en Lima...

Luego clavaba sus ojos de almendra en las aguas negras e inmóviles del dique, y pensaba en el láscaro muerto, hinchado y horrible el cuerpo, pero el espíritu libre y feliz en los fumaderos que Buda tiene establecidos en el cielo para los suyos.

¿Y si él también se arrojara a las aguas negras y quietas, hasta que su alma fuera a juntarse con las almas de sus antepasados?

¡Pobre Wang!

Temblando por los efectos del opio, desolado de amor, sintió revolar dentro de su alma obscura y humilde una gran garza negra que era la muerte.

Pero la garza negra se fué, y Wang se quedó allí, envuelto en el misterio de los navíos, perdido en los pliegues de la sombra. Acudían a su pensamiento

y a su corazón todas las supersticiones y todos los sueños de su raza.

Cuando se puso de pie y echó a andar hacia el conventillo de la calle Colorado, las últimas palabras de Tai Lee volvieron a su memoria:

—Oh Wang, todas las mujeres son iguales y el camino que conduce a su corazón tiene más vueltas que el Yang-Tse-Kiang cuando llega a los rápidos...

IX

Un día, poco después, Wang observó que las gentes del conventillo lo miraban con malos ojos. El no les había hecho nada, él que nunca se metía con nadie, que lavaba ropa sucia durante toda la semana, hasta dejarla blanquísima, y se iba luego a fumar opio en el Dock Sur.

¿Sería por la balada de Cheng Hueng que un día le cantó a Lola en el patio, al son del violín de una cuerda?

Wang no lo sabía a ciencia cierta. Pero la verdad es que todos los "yamatos", incluso Yama Oji, al cual ahora apenas veía, se habían enterado de sus visitas semanales a "La luna azul". Toda la colonia

asiática de la Boca sabía que allí se fumaba "chan-fú" y que Amiru frecuentaba el sitio.

Eso bastaba para justificar la mala opinión del barrio de los amarillos.

Pero Wang, feliz en su ignorancia, no lo sabía, y sábado tras sábado se iba a "La luna azul".

Tai Lee, el confidente de sus tribulaciones y sus pesares, había manifestado una tarde el deseo de ver al objeto de los amores de Wang, a fin de encaminarlo mejor en sus gestiones.

Y Wang, alma ingenua y enamorada, lo citó para un lunes.

Cuando el corpulento Tai Lee se presentó en el conventillo, el patio estaba en sesión plenaria. "Yamatos" y españoles e italianos hacían sus labores o vagabundeaban entre la ropa tendida a secar. Los pequeños de rostro enfermizo jugaban con los gatos en los rincones, y un mirlo tuberculoso se reía en una jaula, bajo la mirada hambrienta de los felinos.

—Allí está, oh Tai Lee, — dijo Wang, señalando a la lavandera, que cantaba junto a sus pirámides de ropa.

El chino errante la contempló con atención.

—Decías la verdad, oh Wang — exclamó al cabo

de un instante, — la mujer que amas es bella como la hija de un mandarín...

Los "yamatos" miraban con expresión hostil al gordo y grasiento personaje, que sólo tenía ojos para la andaluza.

Tai Lee abrigó la idea de acercarse a la muchacha y dirigirle la palabra, pero el ambiente glacial del conventillo le detuvo. Se volvió hacia Wang.

—Es necesario que hablemos, oh Wang — dijo, restregándose las manos gordas y suaves, cubiertas de tatuajes, y el pobre joven sintió un escalofrío.

Echaron a andar por los muelles. Los cargadores del puerto, en largas hileras, parecían hormigas gigantescas y sudorosas bajo el sol. Las sirenas de los remolcadores resonaban, agudas y angustiosas, en los ámbitos de la Dársena, y en la luz clarísima, violenta, de la media tarde, las aldeas de la Boca parecían más trágicas, más sórdidas, más miserables.

—Oh Tai Lee, mi lengua no te mintió cuando te dijo que la alondra de mi barrio era hermosa como las mujeres que uno sueña cuando ha fumado dos pipas de "chanfú"...

Tai Lee, sin contestar, lo miró de reojo. Su rostro color azafrán, lleno de bolsas, adquirió una expresión extraña, la misma expresión ambigua, in-

quietante, que se pintaba en sus ojillos brillantes y agudos cuando contaba historias de las judías rubias de los muelles de Londres.

Al pie del puente de los Franceses, donde la calle Pedro Mendoza describe una curva brusca y se alínean las obscuras tiendas de los "ship-chandlers", Amiru les salió al paso. Estaba ebrio y los vigilantes lo miraban con sospecha.

Se unió a Tai Lee y a Wang y los tres siguieron caminando a lo largo del muelle.

Las balleneras del Paraguay descargaban los dorados frutos de los trópicos. Flotaban olores penetrantes de la zona tórrida, se oían voces guturales, rodaban los carros llenos de naranjas por la calle angosta y familiar.

Wang iba pensando que había hecho mal en llevar a Tai Lee al conventillo. Se había dado cuenta de la pésima impresión que había causado su corpulento compatriota entre sus vecinos.

Por primera vez aquel temor vago, indefinible, que siempre le había inspirado Tai Lee, tomaba cuerpo...

Se acordaba de ciertas cosas que el grueso chino había dejado escapar cuando los licores de Escocia se le subían al cerebro; historias lúgubres, inde-

cibles, fantásticas, de orgías lejanas en los barrios amarillos de puertos apartados, historias en las cuales aparecían rostros pálidos y atormentados en medio de las nieblas rojas del acónito y del bhang.

X

Hacía una semana que Wang no concurría a "La luna azul". Al día siguiente de la visita de Tai Lee, Yama Oji había interpelado al lavandero, y le había prevenido contra las malas compañías.

—Es un hombre malo, oh Wang, — le había dicho, — y su mirada es ponzoñosa como la de las serpientes negras de los caminos.

Después le había aconsejado que no frecuentara "La luna azul", donde sólo iban atorrantes como Amiru y malos "chinks" cuya amistad no podía reportar nada bueno.

Wang lo había escuchado en silencio, y por espacio de varios días y varias noches no salió del conventillo. Cuando no estaba lavando la ropa de los cargadores, se quedaba extático frente a Lola, que le volvía la espalda.

Una noche, al salir a la puerta, le pareció divi-

sar la figura sinuosa y furtiva de Amiru en la calle Colorado. A la noche siguiente lo volvió a ver. Un día, más tarde, percibió la pesada silueta de Tai Lee deslizándose torpemente por la calleja mal iluminada.

¿Qué hacían merodeando por allí los dos "habitués" de "La luna azul?"

Wang no podía explicárselo satisfactoriamente. Pero como no los vió más ya no pensó en el asunto.

Al cabo de varios días, y varias noches, el anhelo del opio mordió las entrañas de Wang. Ya no podía más. La ausencia de la droga en su organismo le producía extrañas alucinaciones, le ponía enfermo.

Un sábado cerró su cuchitril después de entregar la ropa lavada y planchada, y se encaminó hacia el Dock Sur por el camino familiar.

Las barriadas ribereñas se dormían en la sombra naciente, y las voces se escapaban sordas, como veladas, del fondo de los antros.

El coreano fumaba junto al mostrador cuando entró en "La luna azul". Dos "coolíes" bebían whisky y jugaban a las cartas en un rincón.

Wang observó que el sitio de Tai Lee estaba vacío y preguntó al coreano por su compatriota.

El dueño de "La luna azul" se encogió de hombros. Ya vendría Tai Lee. Andaría merodeando por los antros, buscando aventuras y desparramando libras esterlinas. Pero ya vendría a beber whisky y a fumar dos o tres pipas de "chanfú", como todas las noches.

Esa tarde el opio no produjo más que horribles pesadillas a Wang. Entre el ruido ensordecedor de los cobres invisibles, en medio de las brumas lívidas de su sueño, veía el rostro angustiado de la andaluza, que ya no reía enseñando sus grandes dientes blanquísimos...

Era alta noche cuando salió tambaleando, sintiendo que se deshacía, de "La luna azul", después de rechazar el vaso de whisky que le ofreciera el coreano.

Nubes espesas, preñadas de tormenta, se perseguían en el cielo del río y la ciudad. Subía de las naves dormidas, de las casuchas tétricas, un murmullo sordo y velado, como el de muchas voces que hablaran al oído de la noche. La luna, una pálida luna de agosto, asomaba a trechos entre las nubes, y envolvía por un instante el cuadro melancólico y solitario del puerto y las barriadas.

Wang sintió frío, un frío extraño, que paraliza-

ba su cuerpo, que helaba sus miembros doloridos. Cada diez pasos se detenía al borde del agua, pensando que Tai Lee todavía no había aparecido por el bar del Dock Sur cuando él salía de su orgía de opio.

Tardó mucho tiempo en llegar al barrio de la calle Colorado. Nunca el camino le había parecido más largo, ni las callejas más negras, ni la noche más lúgubre.

Al llegar a la esquina de la calle Wenceslao Villafañe sintió que se le doblaban las rodillas. Pensó que durante las últimas semanas había estado fumando demasiadas pipas de "chanfú", y que Buda, en su infinita sabiduría, lo llamaba al orden.

Se apoyó en uno de los muros de hojalata de las viviendas, sintiendo que sus miembros ya no le respondían. Voces y ruidos extraños retumbaban bajo su cráneo.

En ese instante las nubes fugitivas dejaron asomar la luna, y una claridad pálida iluminó la barriada. Creyó ver entonces dos figuras vagas, furtivas, que se deslizaban en la calleja, una flaca y sinuosa, otra corpulenta y familiar. Parecían salir de la sombra de una puerta. Marchaban juntas, y entre ambas, Wang creyó divisar otra figura blan-

ca que se debatía en una lucha silenciosa e impotente.

Un grito turbó el silencio de las aldeas negras de la Boca, un grito estridente, estremecedor, que despertó los ecos de los navíos dormidos, de las callejas envueltas en sombra.

Wang quiso incorporarse, correr hacia las figuras espectrales... La luna las iluminaba ahora claramente. Sobre sus cabezas se veía el letrero, escrito en caracteres chinos y españoles, de su lavadero.

Pero sus miembros se negaban a obedecerle. Las voces seguían retumbando, sordas y roncas, en su cerebro, voces de íncubos y súcubos, de demonios y de brujos, que se burlaran de su debilidad y de su impotencia.

Hizo un supremo esfuerzo para ponerse de pié y cayó de bruces.

Una gran nube negra pasó sobre la luna y la visión se desvaneció en las tinieblas. Los ecos lejanos del grito se había extinguido en el profundo sueño de las barriadas ribereñas.

Caído en la acera, Wang parecía un enorme y grotesco muñeco al cual se hubieran roto los resortes y hubieran arrojado allí como un despojo.

El murmullo de las casuchas, de los navíos, del agua inmóvil, continuaba como un soliloquio de terror, de misterio y de crimen.

IX

Lo recogieron al amanecer unos cargadores que iban a las carboneras de Wilson y lo llevaron al conventillo.

Un desconocido le dió un medicamento, y esa tarde, cuando Wang salió al patio, vió venir a Yama Oji hacia él.

Al alba, poco después que lo hubieran hallado a él desvanecido a pocos pasos del conventillo, la policía había encontrado el cadáver de Lola en un terreno baldío situado cerca del Dock Sur.

Wang se quedó como un idiota. Todos los amarillos fueron detenidos por la policía en indagación del crimen, incluso él, hallado en circunstancias tan sospechosas.

Una vez en presencia de las autoridades, Wang, con ayuda de un intérprete, contó sus sospechas, la visión de la noche anterior, la ausencia de Tai Lee del antro habitual, las orgías de opio...

Fué una historia larga. Se buscó a Tai Lee, y

se le encontró flotando en el canal, hinchado, cubierto de manchas violáceas. Buda, en su infinita sabiduría, lo había castigado, y el chino había preferido suicidarse antes de caer en poder de la justicia. Pocas horas más tarde Amiru era detenido en Barracas y confesaba todo.

La sombra del crimen cayó, sobre el conventillo de la calle Colorado. La alondra de la miseria, ya no cantaba en el sucio y obscuro patio. Los vecinos comenzaron a mudarse a otros conventillos, a otros barrios, ahuyentados por los espectros que flotaban allí.

Sólo quedaba Wang. Wang, que ya no se ocupaba de su ropa, apilada en sucias pirámides junto a la batea donde antes llegaba Lola, cantando como un pájaro, en las madrugadas del invierno y del verano.

Y un día Wang también se fué.

EPILOGO

Desde la borda del "Marú" que lo conducía a Kobe, Wang miraba las torres y los edificios cada vez más lejanos de Buenos Aires. Se iba a su país distante, a Shanghai, al Bund turbio y familiar; a

las márgenes del Yang-Tse-Kiang, pobladas de ciruelos, a los arrozales sobre los cuales volaban lentas y graves las garzas simbólicas; se iba a arrastrar juncos, como sus antepasados, en el paso de los siete rápidos, al canto de los "coolíes".

El puerto se perdía a la distancia. Wang tuvo una última visión de la gran ciudad que era más grande que Cantón, más dulce que Singapur, más bella que Bombay, y pensó en las negras viviendas donde había vivido más de dos años, añorando sus cielos nativos y sus dioses. No. Los buenos chinos debían quedarse en sus aldeas y en sus ríos. Buda, en su infinita sabiduría, castigaba a los que venían a América, a los que se alejaban de las almas de sus antepasados, y los hacía desgraciados.

Caía la noche sobre el río, y allá en las dársenas se iban encendiendo las luces de las barriadas sombrías donde vivían, amaban, sufrían y morían las cigarras y las hormigas de la miseria.

Eran las luces familiares, los faroles trémulos de los navíos, las lámparas de los figones y las casuchas, los arcos de las calles.

Sólo faltaba una luz: era la lámpara azul, que se había extinguido, acaso para siempre, en la mugre y la sombra del Dock Sur.

BARCOS AMARRADOS

I

El bar

A lo largo de la calle Pedro Mendoza las figuras vagas de los transeuntes se perdían en la sombra. La noche de junio era obscura y glacial, y del agua cercana, turbia e inmóvil, venían las voces quedas y misteriosas de los pailebotes y de las balandras dormidas.

En los veleros se vislumbraba la silueta del marinero de guardia, porque en las noches de la ribera las faunas siniestras andan sueltas desde temprano.

En la extensión de la calle parpadeaban las luces familiares de los bars escandinavos y genoveses; sones de acordeón melancólico o de pianos venerables se escapaban de sus puertas entornadas e

iban a turbar el sueño de los que dormían en las cabinas de las naves próximas.

A las once de la noche comenzaron a clausurarse los figones, como pupilas fatigadas que se fueran cerrando, y a las doce, cuando un reloj situado frente al puente de Barracas, lejano y grave, sonó la medianoche, sólo quedó una luz encendida frente a los veleros, como un oasis en las tinieblas.

Era un bar pequeño, de muros de tosca madera pintada de verde. Un retrato del rey Jorge vestido de emperador de la India, se balanceaba en uno de los muros; un monito enfermo de frío se agazapaba en un rincón, y un loro paraguayo vomitaba insultos guaraníes desde el mostrador.

Siempre cerraba tarde sus puertas el bar de "Las Armas de Cardiff". Era el más obscuro y el más pobre de los cafés de la ribera del sur; su cerveza contenía demasiada agua; sus licores producían borracheras trágicas; no había más que un sólo mozo, un andaluz sucio y haragán, que se olvidaba a cada momento de los pedidos perentorios de los sedientos. Pero, a pesar de todos estos inconvenientes, tenía una clientela fiel y sufrida. Allí los internados austriacos ahogaban en turbia ginebra sus nostalgias silenciosas, contemplando desde la ventana la

masa obscura y gigantesca de sus buques prisioneros. Allí los viejos genoveses de la Dársena Sur, cuando se cansaban de pasarse las horas muertas mirando pudrirse las balandras en el Riachuelo, iban a llenarse de vino impuro. Allí los fogoneros norteamericanos iban a cantar sus baladas y a dejar sus dólares de plata.

Hacía muchos años que ese bar estaba allí, incrustado en el regazo del puerto. En sus primeros años había un cromo de la reina Victoria, que fué reemplazado por el de Eduardo VII, y luego por el de Jorge V, a medida que se prolongaba la dinastía. Antes del sucio anduluz había un ligure jorobado, un antiguo cocinero de velero. Pero una noche se embriagó demasiado y se cayó al dique. Su cadáver apareció flotando en el canal dos días más tarde, y fué entonces cuando hizo su aparición el andaluz.

Desde hacía años los habitués a "Las Armas de Cardiff" estaban acostumbrados a la presencia de una anciana silenciosa que presidía el bar, instalada detrás del mostrador. Poco a poco, en el curso de los años, la fué invadiendo la parálisis, hasta clavarla en su sillón junto a la caja.

Los bebedores ocasionales solían encontrar algo

de siniestro en aquella figura pálida e inmóvil. Pero se acostumbraban a ella y concluían por no hacerle caso.

Pero el alma del bar era la hija de la paralítica.

II

María

Se interrumpía con frecuencia en su trabajo de limpiar las copas y dar los vueltos, porque de allá arriba venía, estridente y desolado, el llanto de un niño. Subía entonces apresuradamente la escalera angosta y mal iluminada, y al poco rato el llorar del infante enmudecía.

La paralítica la seguía con la mirada y volvía a su actiutd de siempre, mientras los noruegos y los norteamericanos se caían de las sillas en medio de cascadas de cerveza turbia.

Aquella noche de sábado, sólo había un parroquiano que no bebía alcohol en "Las Armas de Cardiff". Era un hombre joven de recia complexión y de gesto meditabundo que siempre ocupaba el mismo lugar en el bar y siempre llegaba a la misma hora.

Todos, genoveses y austriacos, ingleses y suecos,

sabían que iba allí para pasarse las horas muertas contemplando a la hija de la paralítica. Bebía eternamente café, y más de una vez intervino en accidentes ruidosos, casi trágicos, imponiendo orden a la fuerza y arrojando a empellones a los alborotadores.

La paralítica lo miraba largamente con su mirada fría y misteriosa. Pero María, contando los cambios y lavando las copas, parecía no advertir su presencia.

Era español, y un día, meses antes, entró en el bar con una turba de marineros y grumetes recién desembarcados de un pailebote que venía de Vigo, embriagándose más que todos los demás. Al salir tambaleando, empujado por el mozo, sus turbias pupilas se habían clavado de pronto en el rostro de la mujer que lavaba las copas en el mostrador, y su borrachera pareció despejarse por completo.

Al día siguiente volvió, y al otro, y al otro.

Transcurrieron los días, las semanas. El pailebote, después de limpiar fondos en la Vuelta de Rocha y de cargar, zarpó de nuevo hacia los mares. Pero el hombre se quedó.

María sentía todas las noches sobre sí la mirada persistente del desconocido. No dejaba de moles-

tarla extrañamente el mirar fijo del marino, que seguía sus menores movimientos, ajeno a la presencia de los bebedores, siempre que estos no hicieran escándalo.

Una noche que Juan, el andaluz, faltó, María se vió obligada a servir a los clientes.

Cuando puso la taza humeante de café en la mesa del español, éste se turbó, ligeramente.

—Tengo que hablarle, — le dijo.

María murmuró una evasiva apresurada y se alejó.

El hombre no apareció en dos días, pero a la tercera noche estaba otra vez en el mismo sitio.

En torno suyo los noruegos, ingleses, norteamericanos, cantaban historias de mares y de ciudades, cayéndose de las sillas o golpeándose con grotesca familiaridad. Pero él no los veía.

Los sábados iba al bar un grupo de músicos, un italiano de cierta edad y dos niñas de doce a catorce años, enlutadas y pálidas, que tocaban sin descanso, hasta la una de la mañana.

Su musiquilla trémula y estridente, viejas guajiras de Cuba, antiguos aires de todas las costas, volcaban en el viejo café una obscura melancolía que

se metía en el corazón de los bebedores y los dejaba silenciosos sobre sus copas.

María las escuchaba, con el oído atento al niño invisible, que dormía allá arriba.

Y el hombre la seguía mirando.

III

La paralítica

La paralítica siempre había sido un misterio para María, su propia hija.

Era irlandesa.

Decían que había sido bella en su juventud. Pero si alguna vez lo fué, no quedaban las más vagas señales de su perdida hermosura en aquel rostro trágico y glacial. Se diría que las fuerzas vitales se hubieran detenido de pronto en aquella alma muda y obscura, en aquel corazón que apenas latía.

A veces, cuando hacía frío y los clientes se iban temprano, María se quedaba contemplando el semblante pálido de su madre.

Se acordaba de cuando era pequeña y tenían otro bar en un arrabal de Río Janeiro. Era entonces cuando su padre las había abandonado y las había dejado solas en el mundo.

María apenas se acordaba de su padre. Tenía el

recuerdo borroso de un hombre alto, rubio, que siempre llegaba ebrio de sus viajes y golpeaba a su madre, pero que le traía regalos extraños de lejanos países, amuletos de marfil, ídolos de madera, collares que a la niña le parecían magníficos y que la llenaban de maravilla.

Se había ido. María había oído decir que se había casado otra vez en un país muy lejano, con una negra.

Su madre no había derramado una sola lágrima. Todo su dolor, silencioso y obscuro, parecía llevarlo dentro. Pasaban los barcos y los hombres y los años, y la vieja irlandesa, muda y sombría, parecía no sentirlos. Cuando María era pequeña y empezaba a ayudarla en las tareas del bar, solían pasar por su corazón vientos fugaces de juventud; visiones de la aldea natal, miserable y remota; memorias de aquellos hermanos errantes por todos los climas, a los cuales había perdido para siempre en los caminos crueles de la vida.

Había conocido al que fué su marido cuando venía a la América del Sur, de tercera. El era un contramaestre norteamericano; desertó en un puerto del Brasil y abrió un pequeño bar, después de casarse con ella. Después se cansó de la tierra y reanudó

la vida errabunda de los entrepuentes. Volvía de tarde en tarde para embriagarse y pegar a su mujer. Después de matar a un compañero en una pelea de borrachos en los muelles de Pernambuco, se llevó a su mujer, en cinta ya de María, a una callejuela siniestra del puerto fluminense, donde instalaron otra taberna.

Allí María creció. En cierta ocasión el antiguo contramaestre demoró mucho en regresar de un viaje a Melbourne, y su mujer comprendió que jamás volvería. Lo esperó durante interminables años.

María ya era una mujercita cuando un bondadoso capitán escocés les aconsejó que vinieran a Buenos Aires, la ciudad grande y generosa.

Y ambas, la irlandesa, que ya sentía la parálisis terrible que se acercaba, y la niña, fueron a dar a la Boca, donde adquirieron el bar de "Las Armas de Cardiff'.

IV

Sebastián

Otra noche, a fines del verano, se atrevió a volver a hablarla, balbuciente y confuso. María esta vez escuchó silenciosa y grave las palabras apasionadas del marino.

Sí. Ella ya había reparado sus sentimientos. Durante largos meses había sentido sobre sí la mirada de aquel desconocido. Frunció el ceño cuando él le dijo que había abandonado su barco para quedarse cerca de ella, para poder contemplarla todos los días.

Le contó su historia, humilde y obscura. Era valenciano; había nacido bajo los cielos gloriosos y claros de Levante, frente al mar azul de los abuelos. De grumete había llegado a segundo de veleros, después de navegar por todo el globo.

Había conocido muchas mujeres, negras, rojas, amarillas, blancas... Ninguna había conmovido su corazón como María, en aquella taberna de Buenos Aires. Adivinaba que era buena, tan buena como hermosa.

El rostro pálido de María se tiñó de púrpura. Había oído muchos requiebros en la taberna, sinceros y brutales. Pero jamás le habían hablado así.

El le dijo su nombre. Se llamaba Sebastián Orozco. Su padre había muerto ahogado en las Baleares cuando él era grumete, y no tenía más familia que su madre, que lo esperaba pacientemente, a través de los meses, en una casuca del arrabal valenciano. Era muy viejecita y había sufrido mucho, la pobre,

cuando su marido se ahogó y cuando su hijo se fué al mar para siempre.

Luego, al cabo de una declaración larga y difícil, durante la cual María, que estaba sentada frente a él, no levantó la vista de la mesilla, bruscamente, a quemarropa, Sebastián le tomó las manos femeninas endurecidas por largos años de lavar copas y limpiar pisos, y le dijo:

—¿Quiere casarse conmigo?

María se quedó muda. En el silencio que siguió se oyeron los juramentos atroces e incomprensibles del loro, los chillidos agudos del mono que se había refugiado debajo del mostrador.

Sebastián esperó unos instantes.

Todo el amor de su corazón sincero y obscuro resplandecía en sus ojos claros y serenos, habituados a mirar los horizontes del océano.

Después repitió la pregunta.

—¿Quiere casarse conmigo, María? Yo la llevaré lejos... A mi tierra de Levante, donde está mi madre.... Dejaré el mar... Tengo algún dinero...

Los juramentos de amor, tímidos en un principio, comenzaron a salir atropelladamente de sus

labios. Sus manos tatuadas se extendieron hacia ella con actitud de súplica apasionada y humilde a la vez.

Esperó la respuesta, enmudeciendo repentinamente. El loro se había quedado dormido; pero el mono seguía chillando, colérico y muerto de frío.

—No.

María se había levantado de la mesilla y se dirigía hacia el mostrador. La paralítica miraba a ambos con su expresión indefinible.

Sebastián se levantó de su asiento y salió del bar sin mirar atrás. María comprendió que iba a otro bar próximo, a embriagarse como sólo saben hacerlo los marinos que llevan dentro un hondo dolor, una trágica pesadumbre.

El puerto dormía en la alta noche de verano. De una balandra sumida en las tinieblas venía una canción apagada y doliente:

Hace dos años no bajo a tierra
Porque la tierra me ha sido infiel...

V

"¡Yo era linda, linda, linda!"

Lento y largo pasó el verano.

Sebastián no volvió a hablar con María, que parecía huirle.

El monito se había escapado con el loro paraguayo, una tarde; los internados parecían cada vez más melancólicos, y se renovaban las clientelas de ingleses y norteamericanos. Estos habían sido los únicos cambios producidos en "Las Armas de Cardiff".

Sebastián no concurría con la asiduidad antigua. Sólo se le veía llegar los sábados o los domingos. Había encontrado trabajo en el puerto y parecía dispuesto a quedarse toda la vida en Buenos Aires.

Una preocupación tenaz parecía obsesionarle desde el día de la negativa de María. El pobre marino rumiaba su obsesión, sin acertar nunca en su verdadero motivo.

Sus miradas se paseaban del rostro de ella al de la paralítica; luego recorrían pausadamente el interior del bar, deteniéndose en todos los detalles.

Desfilaban entretanto, por "Las Armas de Car-

diff", las sombras humanas de la ribera. Eran frecuentes las tardes y las noches ruidosas. Una de las figuras más lúgubres, más trágicas de aquel cine pintoresco, era una vieja de edad indefinible, bizarramente ataviada con andrajos multicolores, un sombrero con plumas en la cabeza horrible, fumando siempre cigarros pestilentes.

Los chicuelos la perseguían a pedradas; ladrábanle los perros de la ribera. Sólo se compadecían de ella los buenos genoveses de los fondines y los capitanes mercantes que le daban alimentos y cigarros.

Merodeaba por el puerto desde tiempo inmemorial. Del puente de Barracas a la Dársena Norte todos la conocían, y en las tabernas le daban de beber para que contara, bajo la influencia de los alcoholes explosivos, fragmentos de una historia vieja y amarga como la vida.

Cuando la hoguera de alcohol ardía en su cerebro, contaba sollozante y tartamudeando, que había nacido en un puerto del Brasil; hacía vagas referencias incoherentes de una juventud lejana, de una belleza antigua, de un hombre que se había ido para siempre por los caminos del mar.

Más de uno de la ribera sabía que aquello era

realidad; que aquel harapo viviente, alcoholizado y sucio, hacía treinta años que acechaba los barcos esperando encontrar al ausente.

Cuando seguía bebiendo se ponía insufrible. Sus gritos resonaban en toda la ribera.

—¡Yo era linda! ¡linda! ¡linda! — chillaba, presa de una convulsión, entre las carcajadas de los bebedores, hasta que los camareros la empujaban sin rudeza hacia la calle.

Era un milagro que no se cayese al dique durante sus peregrinaciones eternas de sonámbula a la vera del agua. Hasta la muerte parecía desdeñar a la pobre bruja que había tenido belleza, amor y juventud, allá en su país brasileño, cuando el hombre se fué y se perdió en la hondura de los años.

Una noche, ya en Abril, cuando los vientos que mecían las balandras se tornaban fríos, Sebastián estaba en una mesa de "Las Armas de Cardiff" cuando entró la bruja completamente ebria. La hicieron beber más, y pronto comenzaron los chillidos de siempre:

—¡Yo era linda, linda, linda!

Sebastián dió vuelta el rostro, asqueado por aquella escena.

De pronto, despertado por los gritos de la vieja,

se oyó llorar a un niño, allá arriba, en las alturas del bar.

El andaluz puso a la vieja en la puerta.

El rostro de Sebastián palideció horriblemnte. Había hecho un súbito descubrimiento, al ver la expresión de María en cuanto ésta oyó el llanto del pequeño.

Comprendió que era la madre de aquel niño invisible y próximo.

Había tardado ocho meses en comprenderlo.

VI

El otro

Hace dos años no bajo a tierra
Porque la tierra me ha sido infiel...

Salía de las entrañas de la balandra sin luces, la vieja canción.

De pie al borde del agua, Sebastián miraba la calle Pedro Mendoza con las manos en los bolsillos. Hacía frío, y la calle abigarrada, estaba solitaria.

La canción doliente se le metía corazón adentro. La había oído en otros puertos, en otros países; en la bahía de la Habana, en claras noches tropi-

cales; en los veleros de la rada de Valparaiso; en las tabernas de Punta Arenas...

Y sintió el deseo de irse de Buenos Aires, sin volver a ver a aquella mujer pálida que se estremecía al oir el llanto del niño en el bar de la paralítica. Presentía obscuramente un drama silencioso, recóndito, en la vida de aquellas mujeres que no se hablaban nunca.

Y aquel niño..

La canción marinera se apagó en el corazón de la barca y las aguas turbias y cenagosas del dique tuvieron un murmullo sollozante.

Sebastián, indeciso, más por costumbre que por otra cosa, encaminó sus pasos hacia el bar.

Reinaba dentro la soledad de las noches frías de la ribera. La paralítica se había quedado amodorrada detrás del mostrador; María hacía cuentas a su lado en un papel de envolver.

María le vió entrar y sentarse lentamente y, recordando que el andaluz había salido, fué a atenderle.

—¿Qué va a tomar?

El marino la contempló intensamente. Le oprimió una de las manos con las suyas tatuadas y rugosas, y le dijo con voz insegura:

—Tengo que hablar con usted...

La hizo sentar frente a él. La irlandesa continuaba durmiendo, respirando estertorosamente.

Ella, nerviosa e intranquila, esperaba; él no sabía de qué modo empezar. De pronto, como quien se arroja al agua cerrando los ojos, se hundió en un mar de palabras.

—Yo, sabe usted... Yo... Yo no me puedo ir así... No puedo vivir sin usted... Usted vive sola con su madre... No tiene nadie que la quiera, más que yo....

Se enredaba en sus propias palabras, confuso y balbuciente.

Calló y siguió mirándola.

—¿Quién es ese niño que llora, allá arriba? — preguntó de pronto, recobrando algo la tranquilidad.

—Es mi hijo — fué la respuesta.

—¡Su hijo! — exclamó Sebastián, — ya lo sabía.... ya lo sabía — agregó después de una pausa

Se quedó meditabundo.

María miraba fuera, por la ventana del bar. La calle Pedro Mendoza estaba solitaria y obscura. El soplo misterioso de los navíos llegaba hasta ellos. Las luces trémulas de las boyas del canal brillaban a la distancia.

Los dos estaban pensando en el padre del niño invisible, que solía turbar con su llanto las orgías de los bebedores.

Sebastián, con un ansia homicida en el corazón, se lo imaginaba como un joven y gallardo oficial de la marina mercante, como aquel que la bruja del puerto estaba buscando desde hacía treinta años.

Su alma apasionada y obscura presentía una historia de seducción y de traición. Crispaba los puños bajo la mesa, y su rostro se enrojecía más.

María, con intuición femenil, parecía leer en el pensamiento del contramaestre.

—Es mi hijo — repitió.

La paralítica despertó bruscamente detrás del mostrador y clavó sus ojos turbios, llenos de misteriosos pesares, en su hija y el extranjero. Una sonrisa, fría, extraña, contrajo sus labios. Y se volvió a dormir.

La historia salió, amarga y simple, de los labios de María.

VII

El secreto de María

Era un mejicano, y María lo había conocido en el bar hacía tres años, cuando desembarcó de una barca salitrera que iba de Iquique a Hamburgo, antes de que la guerra cerrara los caminos comerciales del mar. Le había hecho el amor lo mismo que él, Sebastián, y por consejo de su madre, que no estaba tan mal como ahora, ella lo había escuchado, y había terminado casándose con él, que abandonó la barca salitrera y se instaló en el bar.

—Parecía bueno al principio—dijo la muchacha, con la mirada fija en las luces de las boyas distantes, — y éramos dos mujeres solas en el mundo...

Sebastián la contemplaba mudo y sombrío.

—Después empezó a beber — prosiguió ella — se embriagaba y parecía volverse loco... Los clientes no volvían al bar, después de las escenas que hacía... Una noche casi mató a uno, a un pobre noruego, porque creyó que me hacía el amor... Una mañana salió como siempre, y no regresó. El niño todavía no había nacido...

Esa era toda la historia. Pero Sebastián adivi-

naba el resto; adivinaba lo que ella había dejado por decir; la explotación de aquellas dos pobres mujeres por el hombre desconocido y sin entrañas; la fuga llevándose todo el dinero disponible del mísero establecimiento.

—¿Nunca supo de él? — preguntó, sintiendo que el ansia homicida crecía en su corazón.

—Nunca. Pero yo creo que volverá... El corazón me lo dice — respondió María.

—Para pegarle otra vez, para armar escándalos en el bar, para ahuyentar a los clientes — murmuró Sebastián, pálido ahora. — No volverá nunca — afirmó él, sintiendo que sus últimas esperanzas se desvanecían.

—Sí, volverá... Lo sé — exclamó María.

Después, casi a pesar suyo, en presencia de aquel infeliz que la amaba sin esperanza, sin saber por qué, el recuerdo del otro ausente, la historia melancólica de su niñez, acudió a sus labios.

Todo lo contó, a grandes trazos, con la simple elocuencia de los humildes cuando cuentan sus miserias y sus pesares. Habló de aquella infancia lejana en los puertos asoleados del trópico; de aquel padre rubio y gigantesco que sólo recordaba con la vaguedad de un sueño distante; de las disputas trá-

gicas y los golpes que le daba a su madre, hasta el día que se fué para no regresar.

—Como el otro — dijo Sebastián, que la escuchaba sin pestañear.

María guardó silencio. No quiso agregar el resto de la historia, repetir aquellas voces que corrían entre algunos de sus conocidos: la boda de su padre desnaturalizado con una negra, en un país lejano.

Sebastián comprendió que era inútil insistir.

Habló aún, con la elocuencia de la desesperación. Propuso que ambos se fueran lejos, a su ciudad de España, frente al mar azul, a la casita donde su madre lo estaba esperando todos los días. El se haría pescador, para estar siempre cerca de ella, porque estaba harto del mar, que es ingrato y cruel.

Negábase ella, repitiendo el estribillo:

—El vendrá... Es mi marido... Es el padre de mi hijo.

Empezó a llover fuera, sobre los muelles solitarios, sobre las barcas soñolientas.

De la balandra misteriosa y sin luces, en medio del rumor monótono de la lluvia, llegaban las notas apagadas de la vieja canción que parecía encerrar todo el dolor de los errantes:

Hace dos años no bajo a tierra
Porque la tierra me ha sido infiel...

VIII

Intermezzo

Vagaba por la inmensidad de Buenos Aires, solo, con su desconsuelo y su pesadumbre. Huía del interior de la urbe, con ese vago terror que sienten los marinos hacia las profundidades de las ciudades desconocidas.

Merodeaba durante horas muertas por el puerto, lleno de veleros que cargaban trigo. Ya no había vapores, como antaño. Aquellos lujosos paquetes que él veía pasar en alta mar, desde sus humildes pailebotes, estaban en el fondo de las aguas, hundidos por el odio de los hombres.

Se sentaba en el murallón de piedra, y el río, grande como un mar, turbio y amarillento, que sollozaba a sus pies la queja interminable de sus flujos y sus reflujos, le hablaba en su misterioso idioma de cosas vagas y lejanas.

Comprendía que debía irse, que nada tenía ya que hacer allí, amarrado a aquel puerto. Su madre lo esperaba, lejos, frente a las aguas familiares. No

le sería difícil conseguir una buena colocación a bordo de cualquiera de aquellos veleros que llegaban y salían todos los días de Buenos Aires, con sus hinchados vientres llenos de riquezas. En todos los barcos, oía decir todos los días en la ribera, faltaban hombres de mar. Si los enemigos bárbaros e invisibles hundían su barco, era lo mismo...

Deambuló durante un mes por el puerto, todo a lo largo de la ribera, desde el Riachuelo, fétido y pintoresco, con sus lanchones putrefactos, hasta la dársena norte, con su gran desembarcadero de piedra, donde atracaban los grandes paquetes que seguían llegando.

Durante aquel mes María no lo vió aparecer por "Las Armas de Cardiff". Pensó que se hubiera ido.

Pero el levantino merodeaba cerca. Más de una vez, al amparo de las sombras, en noches de lluvia, pasó cautelosamente por la calle Pedro Mendoza, arrojando una rápida mirada al interior del bar. Veía los grupos de bebedores de siempre; María lavando las copas y contando los vueltos; el andaluz interveniendo en las conversaciones; la paralítica inmóvil y extática detrás del mostrador.

Allí la estaba esperando, atento el oído al niño invisible, que era hijo de ella... y de él.

Una de la veces que se detuvo a acechar por la ventana vió al hombre negro con las dos pequeñas enlutadas, que tocanban sus viejos instrumentos. Flotaban en la calle solitaria las antiguas guajiras de Cuba, los aires familiares de lejanas costas...

Sebastián, apoyado en un árbol de la acera, las oía silencioso, y su pensamiento se iba lejos, a los países que había recorrido desde su infancia de grumete, a su tierra nativa...

Esa noche resolvió irse de Buenos Aires.

Se embarcaría en cuanto encontrara una colocación en cualquier velero de los que abandonaban el puerto todos los días.

Era un barco amarrado, pensaba, contemplando las naves inmóviles.

Las vidas también eran barcos amarrados. Sus amarras eran los amores, las pasiones, los infortunios, los deberes. María también era un barco amarrado. Su madre, su hijo, aquel marido ausente, eran las amarras que la retenían allí, cuando él quería llevarla por los mares a otra tierra de sol.

Todos eran barcos amarrados.

IX

"Adiós" ..

Antes de irse quiso decirle adiós. Nunca se volverían a ver, porque él, al llegar a España, dejaría la dura vida del océano y se haría pescador, como sus abuelos.

Fué un sábado, a fines del invierno, cuando quiso hacer su despedida a aquella mujer que se le había metido tan hondo en el corazón.

Quiso ir a la tarde, cuando todavía no hubiera mucha gente en el bar.

Se presentó al atardecer. Una delicadeza ingenua, simple, le hizo pensar que no debería ir con las manos vacías, y el pobre llegó con un loro que había comprado a un correntino en el puente de Barracas, y un monito microscópico que cambió por unos paquetes de tabaco a un negro brasileño de a bordo.

Ella le vió entrar, y adivinó que venía a decirle adiós.

Turbado y confuso, él le dejó sus presentes sobre el mostrador.

—Le traigo estos animalitos — dijo — por si usted extrañaba a los otros...

—Gracias — dijo ella, acariciendo al loro, que le dió un mordisco y se puso a jurar, como su antecesor.

Sebastián, tan turbado como la otra vez, jugaba con el monito, que chillaba angustiosamente.

La paralítica al oir la algarabía que promovían el simio y el ave, abrió sus ojos cansados y turbios.

—Está cada vez más mal — dijo María en voz baja. — Hace dos o tres días que está muy rara...

El andaluz, que estaba parado en la puerta, se volvió hacia la joven.

—Está entrando un barco, patrona — exclamó — es un velero grande... Esta noche habrá juerga.

La paralítica empezó a dar señales de inquietud.

—¿Qué tienes? — preguntó María.

Pero la anciana parecía no haberla oído. Hablaba consigo misma, un soliloquio confuso en lengua portuguesa, que Sebastián no comprendía.

—Está pensando en mi padre — dijo María, contemplando el rostro apergaminado y trágico de su madre.

Sebastián sintió frío. El drama viejo estaba presente, parecía revivir entre los cuatro muros mal pintados de la taberna. Una convulsión sacudió el

cuerpo de la inválida, y la hija corrió en busca de una medicina.

Minutos después la paralítica dormía un sueño estertoroso, mientras comenzaban a llegar algunos clientes.

Sentados en una mesa de un ángulo, Sebastián buscaba palabras apropiadas para despedirse, pero la lengua, siempre rebelde, se le enredaba. De pronto se levantó.

—Volveré más tarde — exclamó, sudando a mares, a pesar del frío.

Y salió de "Las Armas de Cardiff". No podía decirle adiós.

X

Barcos amarrados

Ya había cerrado la noche cuando tomó la resolución heroica de despedirse. Después de caminar sin rumbo por las encrucijadas de la ribera, de contemplar absorto las naves quietas, se dirigió lentamente hacia el bar.

Un ruido de acordes musicales se escapó del interior de la taberna. Era el hombre de negro y las

niñas enlutadas que tocaban sus viejos aires en medio de los marineros. Había mucha gente dentro.

Cuando Sebastián entró, el bar estaba lleno. Creyó ver rostros extraños, nunca vistos antes; buscó con la vista a María y la vió con un hombre de rostro moreno y enjuto, atravesado por una cicatriz lívida. Algo en su alma obscura y enamorada le advirtió que aquel era el marido de María. Se quedó inmóvil entre las mesas, sintiendo un frío extraño, mortal. Después se acercó lentamente y se quedó de pie en un rincón. Ella le había visto entrar, pero pareció ignorar su presencia. Estaba pálida, pálida como la muerte, y en sus miradas había un destello de terror y de resignación.

Sebastián pensó, mirándola, en el velero que había llegado esa tarde, cuando él entró llevando el mono y el loro.

El presentimiento de María se había cumplido. Su marido había vuelto; a pegarla como antes, a saquear a aquellas infelices mujeres.

Seguían entrando nuevos clientes. Sebastián vió a un hombre de pequeña estatura, al cual faltaba un ojo, que tenía las mangas de la blusa levantadas hasta el codo, enseñando dos antebrazos hercúleos,

cubiertos de tatuajes lúgubres, como usan los evadidos de las prisiones internacionales.

Aquel hombre parecía fascinar a Sebastián. ¿Dónde lo ha visto?

Lo vió entrar en el bar, mirando en torno suyo con su único ojo inyectado en sangre, diabólico. Marchó hacia el hombre que hablaba con María; parecía interpelarlo con violencia.

En medio del ruido del bar, Sebastián no oía sus palabras, pero adivinaba que algo insólito, trágico, inesperado, iba a suceder.

De pronto, fascinado, vió que el hombre de los tatuajes se arrojaba sobre el otro, que caía pesadamente en tierra.

Un grito penetrante, lúgubre, dominó los rumores de la taberna, y los bebedores, saltando de sus mesas, se arremolinaron.

Sebastián se abrió paso y corrió hacia el mostrador.

El hombre de la cicatriz permanecía inmóvil, con la tricota azul llena de sangre.

—¡Lo han asesinado! — chilló el andaluz, sintiendo que se le erizaban los cabellos.

Dos noruegos impasibles, se habían apoderado del matador, que miraba en torno suyo con su único

ojo, sin resistirse, conservando aún un cuchillo que chorreaba hilos de sangre.

—No quiero huir. Lo he estado buscando durante diez años,—exclamó, señalando al caído—para matarlo. Eramos compañeros de cadena en Cayena, y me delató para huir solo. Lo tenía que matar. He esperado diez años...

Esto, lo dijo en un argot bárbaro de los puertos, mitad español, mitad francés y genovés, con algunas palabras inglesas.

El andaluz había salido corriendo en busca de la policía.

No tardó en volver con los agentes. Los bebedores, a los que se había prohibido abandonar el local, permanecían silenciosos e inmóviles.

Mientras los agentes interrogaban y ponían los hierros al matador, Sebastián se aproximó a María, que miraba todo como atontada.

—María — murmuró. En ese momento su mirada se fijó en la paralítica, que había caído de costado sobre su sillón, con los ojos muy abiertos.

Corrieron hacia la anciana. Pero estaba rígida, con la rigidez inconfundible de la muerte.

—Madre... madre...—gimió María, olvidándo-

se en su nuevo y súbito dolor del otro drama que se producía allí ante ellos, aquel muerto ensangrentado, aquel homicida fatalista y repulsivo, aquellos hombres silenciosos, aquellos vigilantes duros e implacables.

Sollozaba sin lágrimas, estrechaba el cuerpo helado de la anciana, mientras Sebastián la miraba.

Este, cuando los vigilantes se le acercaron para que prestara la primera declaración, estaba absorto en un extraño pensamiento.

Pensaba en aquel bar obscuro y estrecho donde flotaba la sombra de la muerte, donde surgía el espectro del crimen, que él y María ya no eran barcos amarrados.

La muerte, súbita, implacable, inesperada, vengadora, había cortado las amarras, y ambos eran libres para irse por los mares...

Cuando le interrogaron, volvió bruscamente de su sueño y se encaró con los vigilantes.

—Yo vi...

Allá arriba, en las alturas del bar, se oyó el llanto trémulo de un niño.

COPLA DEL MAR

I

Había nacido predestinado al mar.

En la vieja ciudad donde nació, en 1879, oyera vagas leyendas de gentes fabulosas que habitaron aquel barrio de casonas melancólicas y viejísimas. Uno de aquellos seres lejanos habíase llamado Toscanelli, y sus manos trémulas y sus ojos casi ciegos habían compuesto cartas geográficas para un rubio marino de Génova, que descubrió el Nuevo Mundo.

Pablo Agostinelli quedó huérfano a los nueve años, y vagando de pueblo en pueblo, llegó a Nápoles, con los pequeños piés doloridos y manchados con el polvo de todos los caminos de Italia.

Fué su primer barco un velero griego. Después, en el rudo aprendizaje de las olas, conoció otros.

Blancos bergantines cingaleses, con olor a especias y marineros color cobre; goletas escandinavas, tripuladas por rubios gigantes taciturnos; bricks ingleses; corbetas holandesas; pailebotes españoles...

Apenas se acordaba donde había nacido.

*

* *

En 1906, una antigua fiebre le asaltó en un muelle de Santos y le llevaron al hospital, donde estuvo delirando mucho tiempo. Creyeron que se moría, pero tres meses después salía de alta. Su buque había partido. Entonces se embarcó para Buenos Aires, porque Agostinelli sabía que en aquella ciudad babilónica reaparecían todos los amores perdidos del mundo...

Y así, aquella tarde de Octubre, solo en la ciudad colosal, se hundía meditabundo en el barrio de los navíos, el barrio de la fatiga y de la inquietud.

Bajo el tupido bosque de mástiles, las naves se estremecían al vaivén del agua. En los puentes, bruñidos por el oleaje de los mares lejanos, se movían los hombres rudos y melancólicos del mar. Eran cocineros negros que en el reposo de los puer-

tos hacían gemir sus acordeones, absortos en visiones de tierras tropicales, con palmeras inclinadas al rayo de la luna; rubios y atléticos finlandeses, de ojos pálidos y semblantes taciturnos; pilotos ingleses, que discutían en árabe o en chino; italianos morenos, de ojos ardientes, con aros de oro y cubiertos de tatuajes; láscaros de figura simiesca; españoles de Levante; portugueses que llevaban en sus venas la sangre de los compañeros de Vasco de Gama; menudos y melancólicos griegos...

Era la familia del mar, los contempladores del horizonte.

¡Cómo los conocía Agostinelli! ¿Acaso no había vivido entre ellos casi toda su existencia penosa y errante?

Grumetes y pilotos, fogoneros y contramaestres, buscaban en el bullicio de las tabernas, el olvido de los mares sin límites, de las inmensas calmas, de las lejanías desoladas. Venían de puertos remotos, de tierras lejanas, de Australia, de Nueva Zelandia, de California, del Skager Rack.

Habían leído en los astros la leyenda de la eternidad, y los oleajes les habían dicho el secreto de los siglos. El viento de alta mar, en la arboladura de los veleros, en las maderas crujientes de la obra

muerta, les habían contado cosas que nadie sabía, que nadie más que ellos habían aprendido: el desprecio de la vida, la indiferencia ante la muerte, el bregar obscuro y sin esperanza por el pan.

Los buques descansaban, judíos errantes del océano, sus fatigas profundas, y Agostinelli sentía flotar en el puerto sus tristezas inquietantes. Habían traído en sus vientres las riquezas y la sangre de otros pueblos, los sueños de otras razas, las semillas del porvenir. Se dormían, prisioneros, en los muelles, y en su sueño inquieto, como de dormidos gigantes, hacían gemir sus cadenas, con ansias de partir otra vez hacia otros climas, hacia otras orillas, hacia otros puertos, mensajeros del trabajo humano, portadores del futuro.

Allí, en el tumulto del muelle porteño, en el pueblo extraño y bullicioso de la ribera, se agitaba el alma misteriosa de los buques y el alma atormentada de los hombres. Las tripulaciones fatigadas y soñadoras anclaban en las tabernas de la orilla. Sus voces, sus canciones, en los crepúsculos del puerto, tenían notas extrañas y profundas.

Era la tristeza, el misterio y el cansancio del mar, la melancolía de los viajes interminables, la nostalgia sutil de las tierras distantes, la amargura resig-

nada de los hombres que no tienen patria ni hogar, lo que cantaba en el puerto.

Agostinelli leía los nombres exóticos, escritos en veinte idiomas en las popas, aceitosas y despintadas, leídos en muchos puertos del mundo, y pensaba que aquellos nombres eran el alfabeto de la civilización y del trabajo; y que aquellos griegos, españoles, láscaros, portugueses, negros, ingleses, italianos, finlandeses, noruegos, que aquellos hombres rudos que se embriagaban en los albergues ribereños, eran soldados inconscientes e ignorados de las legiones que hacían el futuro, y que trabajaban para las generaciones venideras.

II

En 1897 Agostinelli vivía en Amsterdam.

Había perdido su empleo a bordo de un velero inglés, y, acostumbrado a ello, esperó tranquilamente a que se le apareciera otro buque. Los marinos no sienten la angustia de la falta de trabajo como los infelices que viven amarrados a la tierra. Siempre lo encuentra.

Mientras llegaba el nuevo empleo, alojábase en una casa de pensión que quedaba cerca de los mue-

lles, una casa pequeña, muy vieja, de la que había oído hablar a un antiguo compañero.

Vivía en la casa de una anciana belga, viuda y con una hija de 16 años. Era una pensión pobre, en la que casi nunca había pensionistas. El padre había muerto en el hospital.

Agostinelli permaneció ocho meses largos allí. Pasaba sus mañanas interminables, sus tardes ociosas, en el mundo febril de los muelles, viendo llegar los navíos errantes. Buscaba un vapor de la carrera a América. A los 18 años le aburrían las travesías lentas de los veleros, las semanas y semanas de soledad, entre el silencio de los noruegos y las disputas de los portugueses.

De noche se quedaba en la pensión. Lucía, la pequeña, cosía a la luz de la lámpara, y le preguntaba de sus viajes.

—Porque usted debe haber viajado mucho, — le decía en francés, — se ve en su cara, tan quemada por el sol y el viento...

—Mucho, — afirmaba él, con aire de importancia.

—¿Qué ciudades le gustan más? —preguntaba luego, y una luz admirativa brillaba en sus grandes

ojos grises cuando el pensionista le hablaba de las ciudades lejanas del mundo.

Cuando se acordaba de su infancia infeliz, Lucía se afligía.

—Mi padre era zapatero y se murió de una fiebre, — contaba Agostinelli, tranquilamente. — Yo no tenía madre, ni hermanos. Me echaron de la casa y me fuí por los caminos, hasta que un día llegué a un puerto y me tomaron en un buque que a mí me pareció muy grande, entonces. Era muy sucio, y estaba lleno de ratas. Pero yo no tenía miedo y de noche las mataba con un palo. El que me daba miedo era un contramaestre. Me sacudía bofetadas por cualquier cosa, y una vez me ató y me pegó con una cuerda hasta que me desmayé...

Contaba sus recuerdos como si fueran las cosas más naturales. Su frágil cuerpo de bambino se había endurecido a golpes en los entrepuentes. Pero él no sentía rabia ni amargura. ¿Para qué?

Le contaba sus viajes a Cuba, a Ceilán, a la Costa de Marfil, los cielos claros y magníficos, las aguas hambrientas y profundas, acechando siempre a los hombres, y los hombres, en todas partes, bajo todos los cielos, en todas las costas, luchando contra la miseria y la muerte.

—Habrá tenido novias, en esos puertos, — le dijo un día tímidamente la belguita.

—¿Novias? No...

No había tenido tiempo de tenerlas. Los buques paraban tan poco tiempo en los puertos... y además, entre las gentes de los puertos no había mujeres que sirvieran para novias.

Sólo recordaba dos de aquellas mujeres, y su recuerdo le estremecía.

Una era una egipcia de Port Said. Tendría 15 años, y era de una hermosura morena, como el cuadro de una madona que había visto en una iglesia de Salónica. Le habló varias veces, al pasar camino de Ceilán, y al regreso la buscó. Pero no pudo encontrarla.

—La llevaron al asilo, — le informó un italiano viejo en el puerto, — ¿tuviste algo con ella? Era leprosa...

La otra fué una francesa de Marsella. Se volvió loca por la cocaína. Agostinelli siempre se acordaba de aquella figura diabólica, de aquella mujer desencajada que se daba de cabeza contra las paredes y estremecía el puerto viejo de Marsella con sus aullidos.

Lucía lo escuchaba, pálida y conmovida.

¿Y ahora, él, dónde quería ir?

La pregunta lo dejó pensativo.

¿Dónde? A cualquier parte, siempre que no hubiera semanas interminables de navegación, ni barcos donde los contramaestres desmayasen a golpes a los marineros.

¿Dónde?

El mundo era tan grande, y en todas partes era igual.

III

Una noche volvió con la noticia de que había encontrado un empleo, a bordo de un vapor inglés, y que se iba a Charleston, a cargar máquinas.

—¿Charleston?—preguntó Lucía.—¿y dónde queda eso?

—En América—respondió él.

—Pero en América hay indios,—objetó Lucía, abriendo los ojos grises.

—Los indios están en las montañas y en los bosques, y no en los puertos—explicó el marino,—y además, yo voy a la América del Norte, donde se puede ganar hasta diez francos diarios.

¡Diez francos diarios!

Lucía se quedó asombrada porque sabía que los marineros, en Europa, no ganaban más que dos francos por día.

De los anticipos de su sueldo, Agostinelli pagó su cuenta atrasada en la pensión y le regaló un collarcito de corales falsos a la pobre Lucía.

Dos días después salía de Amsterdam.

* * *

El negro escorbútico que llevaban a bordo causaba una repugnancia invencible a Agostinelli. Tenía los labios y las encías de un color blancuzco, y el rostro le relucía como ébano enaceitado.

Y era él quien tenía que llevarle diariamente los limones y medicinas, en el agujero negro y pestilente del lazareto, por orden del segundo oficial.

Un día se negó a cumplir la orden y el segundo oficial le derribó de una trompada. Media hora después estaba en la sentina, con cadenas en las manos y en los piés.

¡Perra vida la del mar!

Hasta que llegaron a Charleston, ya no vería el cielo claro, constelado de estrellas, ni el mar azul.

El jadeo fatigoso y eterno de las espumas, en la penumbra mal oliente de la sentina, parecía cantarle una eterna y monótona canción, vieja como las olas, antigua como la pesadumbre de los que andan por el mar, y se acordó de las barcarolas que oyera por primera vez a los pescadores napolitanos:

"Vede o mare quanto é bello... !"

Aquella copla del mar era la voz de las olas, que le salía al encuentro, que lo llamaba, cuando llegó, hambriento y descalzo, a la vieja ribera, al mar azul.

Dos días después el vapor se detuvó en alta mar.

El preso oyó el rumor de los pasos en la cubierta; luego se hizo una pausa, y algunos instantes después oyó un ruído sordo, siniestro.

Comprendió que el negro enfermo de escarbuto había muerto y lo habían arrojado al mar.

Hasta que llegaron a Charleston, una fría mañan de Diciembre, soñó con el horrible rostro del africano, que se le aparecía en sus pesadillas mostrando sus labios y encías de yeso mojado.

IV

De Charleston se fué a New Orleans, pero antes de irse le escribió a Lucía, contándole lo que había pasado.

Pero en New Orleans, blanca y luminosa, con sus inmensas fábricas y su cielo transparente, no pudo ganar diez francos diarios, y se puso en viaje a San Francisco, la Puerta de Oro del Pacífico. Allí, después de varias semanas logró colocarse de cocinero en un albergue internacional, pero lo echaron porque ponía ajo en las comidas, lo cual provocaba las protestas de los clientes, que eran jornaleros autriacos y lituanos.

En marcha otra vez.

Dos meses más tarde salía de la hermosa bahía de San Francisco en una goleta norteamericana que conducía un cargamento de hierro a Guayaquil.

—¿No tiene miedo de ir a Guayaquil?—le preguntó con aire sombrío, en inglés, un sueco gigantesco que tenía el rostro surcado de cicatrices pálidas.

—No... ¿Por qué?

—Por qué en Guayaquil los extranjeros se mueren de fiebre amarilla...

Agostinelli se encogió de hombros.

Del puerto ecuatoriano fué a Chile en un vapor costero. Desde Antofogasta volvió a escribirle a Lucía a Amsterdam.

¡Pobre Lucía! ¿Qué haría allá en la obscura casa de pensión, mientras él vagaba solitario por el mundo? ¿Cosería como antes a la luz de la lámpara, y llevaría su collarcito de corales?



La fragata Alexandra se internaba en el estrecho de Magallanes, terror de los navegantes. Los vientos del Antártico hacían crujir en su abrazo brutal al gigantesco velero. Hacía 22 horas que no se podía dormir, y los que tenían hambre tenían que proveerse de jamón ahumado y tasajo suspendido del techo de la cocina.

Agostinelli no tenía miedo de morir. Pero la idea de quedarse sepultado allí, bajo esas aguas rabiosas y lívidas, lejos del cielo azul, le producía escalofríos.

La vela de zozobra se rompió, como un pañuelo

gigantesco que rasgaran las manos de cíclopes, y Agostinelli cayó aplastado bajo una montaña de lona húmeda.

Le pareció que millares de albatros invisibles graznaban en sus oídos, y gimió en el idioma de su niñez:

—¡Oh, Dio, Dio!

* *
*

Terminó su curación en el hospital de Punta Arenas, mientras la vieja Alexandra, reparadas sus averías, seguía su largo viaje a Hamburgo, con su cargamento de salitre.

Cuando salió del hospital oyó contar historias de espanto y de muerte en el estrecho. Conoció a dos viejos genoveses que habían vivido en Buenos Aires, y cuyo hijo único había muerto ahogado en las aguas hambrientas del mar. Ambos habían abandonado la gran ciudad y se habían ido a Punta Arenas, donde abrieron una posadita.

—Me parece que estamos más cerca de él, aquí, povero Luiggin... — decía el viejo contemplando la lejanía del Atlántico.

Agostinelli sentía aún dolores en el pecho, pero resolvió partir, y un mes más tarde se embarcaba en un carbonero inglés para Buenos Aires.

V

En la cueva subterránea de la calle 25 de Mayo bullía un rebaño humano, sudoroso y febril.

Agostinelli, bebiendo a sorbos su cerveza, miraba las figuras deformes, lamentables, de aquellas mujeres que se arrastraban lentamente entre los bebedores, las bocas desdentadas, los ojos cansados, y volvían a su memoria las visiones de los infiernos de otros puertos.

El mundo era grande, pero en todas partes era igual.

El pecho le seguía doliendo, y algunas veces, cuando tosía, escupía sangre.

Resolvió quedarse en tierra algún tiempo, hasta que estuviera bien.

¿Pero dónde encontrar trabajo en tierra? Fuera de las faenas de a bordo, lo único que sabía era cargar bultos y cocinar. Pero con el pecho destrozado por dentro, lo primero imposible.

Había oído decir muchas veces que en Buenos

Aires no era difícil encontrar trabajo. Y sabía un poco de español.

El dueño de la fonda estudió el caso, y le aconsejó que se fuera a las colonias agrícolas de Santa Fé.

Y allá se fué Agostinelli, con sus dolores al pecho, contento por una vez en su vida de alejarse del mar. Ya no le perseguía el olor de los entrepuentes, ni el recuerdo de los negros enfermos de escorbuto, ni de los contramaestres que desmayaban a palos a los marineros.

Y al hundirse en las tierras llanas, doradas por el sol, bajo el cielo transparente de América, ya ni se acordaba de la canción de los pescadores de Nápoles, del llamamiento del mar azul:

"Vede o mare quanto é bello... !"

* *
*

Dos años estuvó Agostielli en Santa Fé, rodando de colonia en colonia, trabajando, ora como cocinero, ora como peón.

Un día, cerca de la frontera santiagueña, conoció en un humilde velorio a una mujer flaca, mo-

rena, no fea, que gemía junto al cadaver amarillento de un peón que había sido asesinado la noche antes.

Ella y su hombre habían llegado de muy lejos al empezar la cosecha, y a él una noche lo mataron después de una partida de naipes.

Agostinelli ayudó a enterrar al muerto, y propuso unir su destino al de la solitaria.

Instaló un boliche, con sus economías y durante un año, secundado por la infeliz, trabajó en la tierra extraña.

En las noches cálidas, mientras ella dormía, Agostinelli se sentaba en la puerta del boliche y contemplaba a lo lejos la masa osbcura de la selva dormida, las trémulas estrellas.

El pecho no le dolía como antes. ¿Qué lejano parecía su pasado del mar! La copla estaba muda en su recuerdo. Apenas se acordaba de aquella Lucía de la pensión de Amsterdam..

Lo único que a veces turbaba sus sueños era la visión de aquel muerto que arrojaron al mar cuando estaba preso en la sentina del vapor que iba a Charleston.

Durante un año todo fué bien, y el ex-marino

juntó cerca de dos mil pesos, suma fabulosa para él, que siempre había ganado dos francos diarios.

Pero un día llegó la viruela a la colonia. El borde de la selva se llenó de cruces, y la sumisa compañera de Agostinelli cayó bajo la peste.

Cerró el boliche y la cuidó, sin asco ni temor, pero la pobre se fué una madrugada, mientras cantaban los pájaros en la selva.

Agostinelli la enterró piadosamente, En todas partes era igual. Cuando no era la pobreza, la miseria, era la muerte.

Abandonó el boliche y se fué a Buenos Aires.

VI

De los bolsillos de Agostinelli, sin que él supiera cómo ni por qué, los dos mil pesos pasaron a los de un catalán del Paseo de Julio.

En marcha nuevamente.

El mismo fondero le salió con nuevos consejos. Pero al ver de nuevo los mástiles de los navíos, las chimeneas de los vapores, al respirar los olores familiares de antes, Agostinelli sintió cantar en su corazón la vieja copla del mar.

Era en 1900.

Se iría otra vez, lejos, a cualquier parte. La tierra no era para él.

Obtuvo colocación a bordo del paquete italiano "Regina Margherita", matrícula de Génova. Era la primera vez que navegaba en un vapor de pasajeros, y el lujo de aquel viejo transatlántico lo deslumbraba.

Durante aquel viaje, Agostinelli vió un mundo diferente del que hasta entonces había conocido. Gentes que volvían de América, no vencidas y errabundas, sin rumbo y sin fortuna, sino enriquecidas y felices, a la patria nunca olvidada de sus mayores, a las aldeas de la niñez, a las tierras de los padres, recordadas siempre en la luchas de la pobreza y de la esperanza.

En aquellas existencias que ahora veía de tan cerca, que corrían sobre el mar hacia los solares nativos, Agostinelli comprendía que había un rayo de luz.

La vida no había sido con ellas tan cruel como con aquellas otras existencias obscuras y miserables que vegetaban bajo todos los cielos en la dura brega del pan.

Eran felices. Jamás habían de sentir hambre ni frío, después de sus luchas pasadas. ¡Ah! ¿Por-

qué habían vencido aquellos pocos pasajeros del "Regina Margherita" en la lucha donde tantos caían deshechos de cansancio, rotos de fatiga?

No los odiaba, no. Pero sentía confusamente que la vida no debía ser así.

Las mujeres de aquellos felices eran hermosas, elegantes. Comían en la suntuosa "sala da pranzo" manjares abundantes. ¿Habrían comido acaso, allá en su juventud de emigrantes, las espesas bazofias de los marineros?

Uno de aquellos pasajeros — Agostinelli oyó decir en la cocina — era inmensamente rico. Nacido de padres campesinos en la Romaña, se fué a América muy joven, en tercera. En Buenos Aires abrió un pequeño taller mecánico. Cuarenta años después era dueño de las fundiciones más grandes de la Argentina.

Ahora, millonario, volvía a la tierra natal, con sus hijos. Hacía casi medio siglo que no veía el cielo bajo el cual habían nacido y habían muerto sus humildes antepasados.

Agostinelli lo vió dos veces en el puente, doblado bajo el peso de los años. Era la primera vez que veía un millonario de carne y hueso. Se admiró de verlo cojear penosamente. No sabía que el prín-

cipe industrial había quedado rengo a causa de un accidente que sufrió cuando era obrero metalúrgico

* *
*

Una noche, al cruzar frente la isla de San Fernando de Noronha, el millonario murió repentinamente de un ataque cardíaco.

Al amanecer, el paquete se detuvo, y después de rezarle el oficio de difuntos, el cuerpo fué arrojado a las aguas, en presencia de los hijos y de las autoridades de a bordo.

Agostinelli vió caer el ataúd, entre un remolino de espuma; lo vió flotar un instante y luego hundirse verticalmente, como si el difunto hubiera querido llegar de pié a la eternidad.

El marinero pensó en el negro enfermo de escorbuto, que murió y fué arrojado al océano durante el viaje a Charleston.

Los dos reposarían juntos eternamente; las mismas algas viscosas envolverían sus esqueletos, y los mismos peces devorarían sus putrefactas entrañas, el miserable negro y el millonario del "Regina Margherita". Y a los dos y a otros millones de

muertos olvidados y desconocidos, el Atlántico les cantaría el requiem interminable de sus espumas.

VII

Las brumas de Noviembre, en aquel glacial otoño de Londres, habían reavivado sus dolores al pecho. En el Támesis, inmenso y gris, parecían fermentar las podredumbres de las edades, y de sus aguas espesas subían nieblas que le hacían toser desesperadamente y escupir bocanadas de sangre.

Maldecía la hora en que abandonó los puertos de Italia y de España, cuando terminó su contrato en el "Regina Margherita". Pero era aquella una mala estación para las gentes de mar en los muelles del Mediterráneo, y él había ido en busca de ocupación a Londres, Meca y Jerusalem de las matrículas del mundo.

Pero en la ciudad inmemorial era lo mismo que en Génova, que en Marsella, que en Barcelona, que en Cádiz, que Burdeos...

Las tripulaciones estaban completas.

Vagaba por las riberas del inmenso y turbio río, contemplando las naves que llegaban y que partían. El aliento espeso de las aguas cenagosas le ahogaba;

la miseria infinita, trágica de aquellas orillas, donde se volcaban los tesoros del universo, le aplastaba como una montaña.

Cuando hubo gastado sus últimas monedas de cobre encontró ocupación, como cargador de carbón en el muelle de las Indias Orientales.

Era un trabajo ciclópeo, desde el alba hasta el anochecer. En el muelle húmedo, saturado de niebla, — una niebla que casi podía mascarse, — iban los errantes, con sus trajes exóticos; grandes, pequeños, horribles, patéticos; resaca de puerto...

Al segundo día Agostinelli no pudo resistir. Después de varias horas sintió que sus piernas y brazos vacilaban, y se desplomó, escupiendo una bocanada de sangre.

Un mulato gigantesco se dió vuelta para mirarlo, y sin decir una palabra, se puso a cargar el carbón abandonado. Siguió haciéndolo hasta que la campana dió la señal de suspender el trabajo. Esto se repitió durante dos días, contra las protestas de Agostonelli. El mulato se encogía de hombros, y el capataz no veía nada.

El sábado siguiente, sin un penique en el bolsillo, Agostinelli fué a cobrar sus jornales al barco. Los muelles de las Indias Orientales estaban solitarios,

y una garúa glacial descendía sobre los navíos abandonados. Allá en los "public-houses", ocultos en la niebla, se oían los cantos y las blasfemias de las marinerías que se bebían sus salarios.

En el barco carbonero, Agostonelli se dirigió hacia la bitácora. El segundo, un austriaco obeso, de barba y cabellos rojizos, hablaba con un italiano cetrino, que gesticulaba nerviosamente.

Al ver llegar a Agostonelli se dirigió brutalmente a él.

—Y tú, ¿qué quieres perro? ¿Vienes a cobrar también? ¿Cómo te llamas?

Ojeó un libro grasiento.

—Agostinelli, -- deletreó con dificultad, — cuatro días y medio, a dos chelines por día, son... siete chelines justos.

Sacó de un cajón una mugrienta bolsita de lona, en la que sonaron las monedas de oro y plata, y contó la cantidad.

—Toma, perro y anda a embriagarte.

—Son nueve chelines, — protestó el marinero.

El austriaco se enfureció.

—¡Otro que quiere robarme! — exclamó.

—A mí me debe doce chelines, — terció el italiano cetrino, — y no diez...

—¡Son diez! — gritó el austriaco, — y lo tuyo son siete. Aquí están, y déjenme en paz.

Agostinelli y el otro no pestañearon.

—Páguenos lo que nos debe, — dijeron.

El autriaco estalló en blasfemias.

—Tomen lo que les doy o váyanse, — bramó.

Los dos miserables permanecieron impasibles.

Agostinelli sentía que el hambre mordía sus entrañas, pero no quería ceder, ni el otro tampoco.

Viendo que nada conseguirían de aquel energúmeno, le volvieron la espalda y se encontraron en el muelle. El italiano estaba pensativo. De pronto se volvió.

—Oye, — dijo en su idioma, — si quieres tendremos dinero...

Sus ojos negros, relucientes, estaban fijos en su compañero de miseria.

—Volvamos a bordo y mientras tú discutes con él, yo... En la bolsa debe haber como veinte libras, y está solo en el barco...

Agostonelli movió la cabeza.

Lo miró el otro con rabia y desprecio.

—¡Coglione! — dijo

Agostinelli lo vió perderse en la niebla, y se quedó solo, en los muelles inmensos y solitarios.

Delante de él se alzaban los navíos silenciosos, cargados con la riqueza de los continentes; detrás, en la ciudad milenaria, se agitaban millones de semejantes, se elaboraban los destinos del mundo.

Tenía hambre.

Y le habían robado un puñado de monedas de cobre.

VIII

En la cama del hospital, cuando le bajaba la fiebre, se acordaba vagamente de las cosas pasadas, confundiendo las fechas, los nombres, los lugares. El delirio le inspiraba alucinaciones extrañas, y temblaba, presa de un terror infantil, viendo cómo bandadas de gaviotas enormes se acercaban para devorarlo; otras veces veía al negro de los labios color yeso y al millonario rengo que iban a buscarlo, y, envueltos en sus mortajas, con el rostro medio devorado por los peces, lo miraban con sus órbitas negras y vacías.

Después eran los graznidos de los gigantescos albatros, que azotaban su rostro con sus alas húmedas y viscosas, los que lo ensordecían, obligándole a taparse los oídos; en las noches de insomnio,

mientras la lluvia descendía sobre el Támesis taciturno, creía sentir sobre los suyos unos labios húmedos, ardientes; era la leprosa de Port Said, que le daba el ósculo de la muerte.

Otras veces creía estar en la negra sentina del vapor que iba a Charleston, y le parecía sentir que las ratas se paseaban sobre su cuerpo encadenado, hambrientas e implacables.

Memorias remotas solían arder en la hoguera de su cerebro; memorias de cuando era pequeño y erraba descalzo por los caminos, bajo el cielo azul, hacia el mar desconocido que había de devorarlo para siempre.

Lo habían recogido en el muelle de las Indias Orientales, una medianoche de Noviembre, sin un penique en el bolsillo, casi moribundo. Durante largas horas había llovido sobre su cuerpo febril, y se le declaró una pulmonía.

Allí estaba, en un rincón del hospital, casi agonizante, un despojo de humanidad arrojado por las olas a aquella playa fría, solitaria, poblada por millones de semejantes...

Al principio de su delirio volvía a su mente el recuerdo de las dulces horas de América, cuando dejó el mar y se fué a las tierras doradas por el

sol. El soplo de las selvas santiagueñas le traía una vaga sensación de frescura, en la sala estrecha del hospital, y el mugido sordo del Támesis se le antojaba que era el viento agitando los trigales, allá en las colonias lejanas.

Después volvía al mar, misterioso, profundo, eterno, sobre cuyas espaldas rodaban las razas en las emigraciones de la miseria y de la esperanza; el mar, siempre rodando sus olas como el tiempo sus centurias, devorando las edades y vomitando las civilizaciones, el mar, que era para el pobre marinero el peligro y la tormenta, la nostalgia y la muerte, pero que era también la vida, el pan y la esperanza, arrullando su cansancio, meciendo su pesadumbre; era la vieja madre feroz, que lloraba sin cesar por sus parias con lágrimas de espuma y acogía en su regazo inmenso sus cuerpos fatigados y sus almas doloridas.

* *

Con algún asombro por parte del médico y la enfermera, Agostinelli no se murió. Pero en la cama del hospital quedaba una sombra de hombre cuando la fiebre desapareció, y esa sombra empe-

zó a divagar con otra sombra de mujer perdida en la hondura del tiempo y del recuerdo.

—¿No tiene mujer, hijos, hermanos? ¿No tiene madre? — le había preguntado la enfermera, una mujer del pueblo.

—¿Por qué? — respondió la sombra, — ¿me voy a morir?

—No, hombre, qué se va a morir...

—No tengo a nadie... más que el mar.

Fué entonces cuando la dulce sombra empezó a dibujarse en el panorama obscuro y mísero de su pasado errante.

Y evocó el recuerdo de la casa vieja y silenciosa, cerca de los muelles de Amsterdam, de una mujercita de ojos grises que cosía siempre a la luz de una lámpara y le preguntaba si el mundo era muy grande.

¿Qué habría sido de la pobre Lucía?

Recordaba vagamente haberle escrito dos o tres veces desde América, sin que él, en sus peregrinaciones interminables, hubiera podido darle una direción fija para saber de ella.

Ahora, pensaba, podría escribirle. Amsterdam estaba tan cerca... Ella le contestaría, seguramente.

La enfermera le escribió la carta y la remitió a su destino.

Mientras pasaban los días, Agostinelli evocaba el recuerdo de aquellos ocho meses en el viejo puerto de Holanda, de sus veladas en la pensión de madame Van Panhuys, cuando le contaba a la pequeña con la suficiencia de su 18 años, sus viajes por tierras maravillosas y lejanas, tierras que ella no vería nunca en su vida humilde y obscura... Hasta recordaba sus temores infantiles de que hubiera indios en los puertos de los Estados Unidos...

¿Estaría siempre cosiendo a la luz de la lámpara, luciendo en el cuello blanquecino el collarcito de corales que le regaló al partir y que le había costado seis francos?

A los ochos días llegó una carta de Amsterdam. Era de la anciana Van Panhuys.

Informaba a su antiguo pensionista que Lucía se había casado, en 1899, con un comerciante inglés, y se había ido a vivir a Méjico.

IX

Desde hacía algunos años Agostinelli navegaba en vapores de pasajeros, en paquetes de la carrera de Australia y de Oriente. Había salido del castillo de proa, aprendido lo bastante para obtener su certificado de navegación en el "trade board" de Cardiff, y era oficial. Fueron aquellos años largos, laboriosos. Más de una vez quiso dejar los entrepuentes, pero el sortilegio de las aguas lo retenía; la canción de los pescadores napolitanos seguía cantando en las pausas de su existencia errabunda. Era el cantar de su niñez, la copla del mar, que seguía sonando sobre todas las miserias del pasado, sobre el hastío del presente, ante la melancolía gris del porvenir, más fuerte que la misma realidad.

—¿Está de guardia?

La pasajera rubia estaba a su lado. De sus ropas elegantes se escapaba un perfume extraño, penetrante.

Había subido a bordo en la Coruña, con un hombre de cierta edad, tal vez el esposo, el amante... En los paquetes nadie pide certificados de registro civil.

Tenían pasaje para Capetown, Sud Africa, y Agostinelli solía prestarle sus escasos libros y leer los de ella en cambio, novelas de Loti y Bourget traducidas al inglés, revistas francesas.

Parecía húngara, y hablaba indistintamente varios idiomas. Agostinelli solía preguntarse quién sería. Su conocimiento del mundo le impedía distinguir si era una dama o una camarera disfrazada de tal. El ex marino se inclinaba a creer que era una dama.

—Sí, señora, estoy de guardia, — respondió.

—¿Qué luces son aquellas? — preguntó la viajera, señalando unas lucecitas distantes, que temblaban en la noche magnífica.

—Son las luces de Sierra Leona, señora.

—¡Africa, oh!... — exclamó ella, con un ligero estremecimiento.

—¿Pero usted no va a Africa? — dijo Agostinelli.

—Sí, — respondió la húngara, y se quedó un instante pensativa, absorta en la contemplación de las lucecitas lejanas, pálida, fascinada. Después se fué.

Cuando relevaron la guardia, Agostinelli cruzó las solitarias cubiertas y se detuvo junto a la borda.

La noche africana era magnífica, y los cielos parecían de gala, en una fiesta de constelaciones.

El corazón de hierro del navío parecía marcar el ritmo pausado y profundo de su propio corazón. Aquellas lucecitas, vagas como fuegos fatuos, le parecían las almas de las cosas muertas del pasado, luciendo siempre en las penumbras del recuerdo.

A sus pies, el Atlántico jadeaba su fatiga titánica, su cansancio de siglos. Arriba, las estrellas palpitantes, como corazones hechos luz, latían al ritmo de la eternidad.

Agostinelli iba a encender un cigarrillo cuando un murmullo de voces le hizo detenerse. Reconoció la voz de la húngara.

—¡Si nos encontraran! ¡Si nos encontraran!

La voz tenía un acento de terror. La voz ronca y velada de su acompañante respondió con dureza:

—¡No seas imbécil!

Siguió un diálogo entrecortado, apenas perceptible.

La mujer volvió a gemir.

—¡Si algún día nos descubrieran! ¡Si nos encontraran!

Agostinelli se encogió de hombros.

¿Qué sórdido y obscuro drama llevaban consigo,

para esconderlo en una remota ciudad de Africa, aquel español taciturno y aquella hermosa mujer? ¿Qué crimen cobarde, qué traición abominable, les había unido en el muelle de la Coruña?

¡Bah! ¿Qué le importaba eso a él?

Se alejó silenciosamente.

Las espumas seguían cantando su eterna canción, y arriba, en los cielos ecuatoriales, seguía la fiesta luminosa de las constelaciones.

¿Qué le importaban a las estrellas y a las olas los dramas, los crímenes, las miserias y las pasiones de aquellas pequeñas vidas que rodaban por los senderos del mundo? Ellas eran lo eterno, lo que no moría nunca.

Pero, ¿acaso aquellas pequeñas y pasajeras vidas no dejaban tras sí algo que no moría jamás?

La húngara y el español desembarcaron en Capetown y Agostinelli no los volvió a ver.

X

Liverpool, Río Janeiro, Santos, Montevideo, Valparaíso, Guayaquil, Callao. El "Oriana" tocaba en todos los grandes puertos sudamericanos, pero Agostinelli estaba destinado a no terminar aquel

largo crucero. La fiebre lo postró en Santos, y el viejo paquete, que llevaba pasajeros, correspondencia y carga para los puertos de seis naciones, siguió viaje.

*

* *

Una vez curado, se fué a Buenos Aires, donde calculaba alcanzar al "Oriana", de regreso de los puertos del Pacífico. Encontró muy cambiada la inmensa ciudad, después de aquellos años largos y errantes.

La fonda donde se alojaba cuando llegó de Punta Arenas seguía siempre igual, con sus paredes ennegrecidas, sus litografías borrosas, incrustada en el paisaje sombrío y pintoresco del Paseo de Julio.

El mismo fondero que le aconsejara irse a las colonias santafecinas en aquel tiempo borroso, leía en un rincón. Era italiano, y se llamaba José Gironi.

Reconoció sin dificultad al antiguo marinero demacrado de otro tiempo, y por hábito de hacerlo con la gente de mar, aunque fuesen compatriotas suyos, le dirigió la palabra en inglés.

Sí, todo había cambiado. El Paseo de Julio ya no era como antes. Las marinerías cosmopolitas ya no gastaban sus libras como antaño. Era una decadencia obscura y melancólica, la de aquella vía misteriosa, que era en sí un pueblo aparte.

Aquella decadencia era el tema favorito de Gironi, que había vivido allí desde hacía interminables años.

Invitó a Agostinelli a beber una de las sagradas botellas de vino del Rhin, que guardaba en su sótano desde 1882, y mientras bebían trazó un cuadro triste de su barrio decadente.

Lo oía en silencio el marino, hundido el pensamiento en la hondura de los años.

Después habló el fondero de su antiguo cliente, se alegró de que hubiera dejado el castillo de proa de los veleros para hacerse oficial de "piróscafo".

—El mar no era tan malo, al fin, — reflexionaba, — hasta se podía hacer carrera en el mar, pero era mejor quedarse en tierra.

—Mire, — decía señalando a un obscuro cliente que hacía cuentas en un rincón, — ese negro australiano era cocinero de a bordo. Un día dejó los barcos de vela y con un socio, abrió una fondita en Puerto Antonio, allá en el Sur. Hoy la fonda le

produce dos mil pesos mensuales... En cambio, — agregaba, — ese capitán dinamarqués que usted ve allí, bebiendo whisky, hace 17 años que manda veleros hasta de 7.000 toneladas y jamás tiene con qué apagar la sed...

El "Oriana", al que una tempestad había sorprendido en el cabo de Hornos, había recalado de arribada forzosa en Puerto Stanley, en las Malvinas, y no llegaría a Montevideo hasta un mes después.

A Agostinelli le pareció larga la espera, pero se resignó a ella.

Recorría desde la mañana hasta la noche las entrañas de la ciudad inmensa, los barrios sonoros y luminosos, los parques asoleados, los rincones misteriosos. Fuera de Gironi, a nadie conocía en aquella gigantesca colmena humana, que devoraba los ríos inmigrantes, los obscuros rebaños de la expatriación, los sueños y la esperanza de las razas.

Le atraían las hondonadas de la ribera, iguales a las de todos los puertos del mundo, los negros paraísos de los errabundos, con sus torrentes de alcohol y sus sirenas avariosas, las poblaciones babélicas de los navíos, sus hermanos del mar.

Lentamente, en la primavera americana, sentía

renacer sus fuerzas, perdidas durante las interminables semanas de fiebre, allá en el hospital brasileño.

Al cabo de dos semanas Buenos Aires le fatigó. Faltaban quince días aún para que el "Oriana" llegase a Montevideo Ahora se pasaba los días enteros en la fonda de Gironi, jugando a las cartas y bebiendo Old Tom Gin.

El hastío pesaba cada vez más sobre él. Solía pasarse las largas horas de la noche en su habitación, oyendo el rumor vago del Paseo de Julio, los organillos de los teatros chinescos, las orquestas de los "music-halls", las voces de los ebrios, los cantos, las disputas, los pregones de aquel pueblo sumergido en el regazo inmenso de Buenos Aires.

Oyéndolo se quedaba dormido.

En aquella pausa de su existencia, Agostinelli revivía las etapas obscuras de su vida. El pasado vivía, estaba presente en sus pensamientos, cuando lleno de hastío se hundía en las profundidades de la ciudad inmensa y escuchaba el monólogo de su propia alma.

Volvería el viejo "Oriana" a llevárselo de nuevo; volvería a encontrarse con las mismas gentes, con las mismas historias que se encuentran en todos los navíos, en todos los puertos, en todos los mares;

la igual historia de la ilusión y de la esperanza errantes.

¿Qué se habían hecho las almas que encontrara a su paso por los caminos del mundo?

Pensaba en todos aquellos hombres, en todas aquellas mujeres desvanecidas en el fondo de los años. Almas transeuntes, siempre en marcha, arrastradas por un mismo afán, hacia lo desconocido. Recordaba vagamente sus nombres, y al evocar los años muertos, parecíale que él mismo había vivido mucho, había vivido demasiado, a la edad en que todos los hombres son jóvenes todavía, y todavía lo esperan todo de la vida.

Las voces confusas y profundas de la ciudad turbaban sus pensamientos.

En las calles estrechas y populosas herían sus oídos las lenguas familiares, y de noche, en las noches misteriosas de la ribera, se quedaba dormido pensando en la inutilidad de su vida, en la amarga tristeza de su destino solitario.

Veíase a sí mismo como un judío errante del vivir, corriendo por el mundo en pos de un pedazo de pan, sin tener a nadie con quien compartirlo.

Y en los labios de las sirenas de paso encontraba siempre un dejo amargo y repugnante, como el de

las frutas del Mar Muerto, que estaban llenas de ceniza.

Una noche soñó con aquella mujer misteriosa que iba a Capetown, y que temblaba de terror mirando las luces de Africa, la fugitiva de la Coruña.

¡Cuánto tardaba el "Oriana"!

—Si usted lo hubiera visto antes... Era otra cosa...

Gironi volvía al tema eterno de sus conversaciones, y Agostinelli, distraído, apenas lo escuchaba.

Empezaban a atormentarlo obscuros remordimientos.

Nadie más que él tenía la culpa de su destino; andaba dando tumbos por los caminos de la existencia porque él mismo lo había querido así. Y evocaba las visiones terribles de los años vividos, el dolor, la miseria, el peligro, el hambre, bajo las estrellas de Dios, en los mares sin límites, en el corazón de las ciudades populosas.

Su propia vida era un barco, un barco fantasma, como el de la leyenda. Nadie lo esperaría nunca, nunca, en el muelle de un puerto, ni iría a decirle adiós cuando partiera.

Fué a Montevideo y volvió a los dos días.

Buenos Aires, a pesar suyo, le atraía poderosa-

mente. Se perdió entre las muchedumbres, y la visión de aquella vida febril, tumultuosa, le alejaba un poco de sí mismo.

Creía ver en sus calles rostros olvidados, entrevistos bajo otros climas, en otras tierras. Algunos eran pasajeros de barcos en que vivió. El mar los había arrojado lejos, y allí estaban, en tierra extraña; allí habían de morir, lejos de donde nacieron.

Los infiernos ribereños le producían náuseas. Eran iguales en todos los rincones del mundo, aquellos turbios y siniestros paraísos de las marinerías, en los cuales el alcohol corría siempre, devorando los cuerpos y las almas.

Una noche se cometió un crimen en el Paseo de Julio. Un crimen cualquiera, el asesinato de un circulador de billetes falsos.

Agostinelli contemplaba el revuelo del bajo fondo, aterrado ante los uniformes policiales.

A él no le molestaron, pero todos aquellos miserables hombres y mujeres, lívidos de espantos, fueron arreados con brutalidad por los agentes.

Cuando el homicida, un ropavejero sirio del barrio, confesó, la muchedumbre de miserables, el pueblo sombrío de la ribera, pareció respirar.

Estaba cansado de Buenos Aires.

En el rumor de los bars luminosos sentía que le roía la nostalgia obscura de los navíos, del olor de los entrepuentes, del ruido de los oleajes. El mar todo lo curaba; sus vientos se llevaban todas las pesadumbres y todos los remordimientos; sus calientes soles enjugaban todas las herrumbres del alma.

Cuando estuviera de regreso en Londres, pensaba, volvería a los barcos de la Peninsular and Oriental Line, al Oriente sucio y luminoso que conoció en su miserable niñez, donde el opio del sol adormecía como un narcótico. Quería alejarse de la civilización, perderse entre aquellas gentes extrañas y fatalistas que nunca pensaban en nada, más que en morirse, y se encogían de hombros ante la existencia. Eran admirables en su indiferencia y en su inmoralidad. Sus dioses vivían dentro de ellos, y las realidades brutales de la vida se estrellaban a sus piés sin arrancarles una queja o una maldición.

Entre whisky y whisky, cesaban por un instante sus interminables soliloquios interiores, y surgían, entre las brumas del recuerdo, entre las visiones de las horas extinguidas, unos ojos grises, y un cue-

llo blanquísimo que ceñía un collarcito de corales.

¡Qué larga era la vida!

El negro fondero se había vuelto al Sur, y el pobre capitán dinamarqués continuaba alcoholizándose en los fondines de la dársena, contemplando su barco, inmovilizado en el dique por una huelga. El también quería irse; también lo llamaban las voces misteriosas y profundas.

Una noche soñó con las selvas santiagueñas, con las colonias, con aquella infeliz con la cual vivió durante un año entero. Vió su rostro vagamente familiar, hinchado y horrible por la viruela, en medio de las nieblas de su sueño.

Se despertó sudando profusamente.

¿A qué venía a aparecérsele aquel pobre espectro del pasado?

Recordaba otra visión terrible. Siendo tercer oficial de un paquete de la Peninsular and Oriental Line, durante una escala, concurrió a un fumadero de opio en Calcuta. Varias veces había fumado la droga asiática, por puro hastío. Al despertarse del sueño mortal, en el interior sucio y mal oliente del fumadero, vió a sus pies un rostro lívido, con los ojos muy abiertos.

Era una mujer, y esa mujer era una bella fran-

cesa que conoció tres años antes, en un viaje del Havre a Salónica. Había sido hermosa, elegante, espiritual, aquel despojo humano, rígido y convulso, acurrucado en un fumadero de opio de Calcuta.

Era la eterna tragedia errante del mar; todo era ausencia, nostalgia, remordimiento, pesadumbre.

Agostinelli encendió su pipa y vió el amanecer. La luz azul pintó de añil los navíos amarrados y los cables crujieron en el viento del alba. Le parecía que los buques se querían ir lejos, a cortar las espaldas trémulas de las aguas con sus quillas, con sus blancos rebaños errantes, a cambiar sus cargamentos por otros de sol...

Se iría a las colonias, a sentir el soplo de las selvas lejanas, el hálito caliente de los trigos en Noviembre. Iría a ver la cruz que él mismo clavara sobre los huesos de aquella humilde compañera de un día, si es que se alzaba aún al borde de la selva.

Estaría una semana allá y tendría tiempo de volver para alcanzar al "Oriana" en Montevideo.

En el Retiro sacó su boleto, y mientras esperaba la hora de partir, vagó por los andenes perdido entre los transeuntes.

Se detuvo a ver partir un tren urbano que iba lleno. Arrancó el tren, y en una ventanilla, a un metro de distancia, el marino vió dibujarse el rostro de Lucía Van Panhuys.

XI

Estaban solos en el bar de la estación de Belgrano, el antiguo grumete de veleros y la costurerita de la casa de pensión de Amsterdam, La vida los había unido; el mar había juntado nuevamente sus destinos errantes.

—¿Me amabas, en Amsterdam, Lucía?

—Sí, — respondió ella, simplemente. Llevaba un collarcito de corales.

—Yo también, pero no lo sabía, — murmuró Angostinelli. — ¡Qué años tan largos, Lucía!

La historia de ella era sencilla, vulgar. Se casó con el comerciante inglés poco después de recibir la última carta de Agostinelli, accediendo a los ruegos de su madre. La casa de pensión apenas les daba de comer, y era un hombre bueno, sencillo. Vivieron cuatro años en Veracruz, y no tuvieron hijos. Un día, en las Tierras Calientes de México, al ir a efectuar unos pagos, unos bandoleros lo

asesinaron. Por ese tiempo madame Van Panhuys murió, y ella quedó sola, sin más parientes que una hermana de su esposo, que vivía en Buenos Aires, y que la llamó a vivir consigo.

Y allí estaba.

Eso era todo.

Mirábala el marino, pálido y conmovido. Los ojos grises no habían cambiado; su expresión era la de antes, cuando él contaba a la luz de la lámpara, sus viajes por la India y por la China, apaleado por los contramaestres brutales.

¡Qué lejano parecía todo aquello!

—¿Y usted, Pablo?

—¿Yo...?

Se encogió de hombros. Acudía a su memoria el recuerdo de los dramas, los dolores, las miserias, las angustias que había vivido rodando por todos los mares, dando tumbos por toda la tierra. Pero no se quejaba, no.

¿Para qué contarle todo aquello a aquella mujer dulce y pálida que lo había amado silenciosamente durante largos años, y que llevaba aún su collarcito de corales?

Le estrechó las manos suaves y cálidas por en-

cima de la mesa, sin cuidarse que lo vieran los que entraban al bar.

—¡Oh, Lucía!

Ella lo miró silenciosa. El mar se lo había devuelto. ¿No decía el viejo salmo que el mar siempre devuelve sus muertos?

Dos lágrimas cayeron de sus ojos grises.

EPILOGO

La pasajera que subió al "Oriana" en Montevideo figuraba en el libro respectivo como Lucía Van Panhuys de Agostinelli. Cuando el viejo paquete inglés soltó amarras, en la caliente tarde de Diciembre, de una goleta pintada de rojo vino un son de acordeón.

Luego una voz varonil, sonora, dió al viento una canción inolvidable, melancólica, sutil:

"Vedi il mare quanto é bello!..."

La canción se perdió en el estrépito del puerto, entre los ásperos rumores del barco que partía; pero el oficial que estaba de pié detrás de la pasajera la oía resonar, clara y distinta, en su corazón, como la había oido, allá en el fondo de los años,

un chiquillo descalzo y hambriento que contemplaba boquiabierto las barcas de los pescadores napolitanos, bajo el cielo azul.

Era amargo y cruel, sí. Pero era bello, el mar que guardaba los secretos eternos, que mecía en sus olas las civilizaciones, con su inquietud y su pesadumbre, turbado siempre por el dolor de aquella vida que pasaba siempre, y por el misterio de aquella muerte que acechaba siempre en sus entrañas.

Agostinelli veía alejarse la orilla, la línea confusa de los edificios, la masa multicolor de los navíos.

El mar le había devuelto a su amor perdido. Pero ya no lo soltaría nunca, nunca.

Lucía lo oyó murmurar en italiano, a su espalda:

—¡¡Oh Dio, Dio!

UNA CAIDA

I

Muchos años después, cuando su padre y su madre se hubieron ido, María tenía siempre presente el recuerdo familiar de aquella tienda obscura, llena de olores vagos, en la cual habían transcurrido los primeros años de su niñez.

Aprendió a leer sentada en los rollos de cuerdas de la tienda del "ship-chandler" de la calle Pedro Mendoza, y uno de los espectáculos más vívidos de su infancia eran los navíos, los pesados veleros de ultramar, pintados de gris, de verde o de rojo, con sus cordajes complicados y sus marineros de ojos azules, las balleneras de los ríos, llenas de aromas tropicales.

El padre de María abrió su negocio de "ship-chandler" allá por 1899, en la ribera populosa y abigarrada. Había sido comisario de un barco de ultramar, y con algunos fondos se estableció allí,

entre los fondines genoveses y los cafés escandinavos.

Allí nació María, entre las anclas cubiertas de herrumbe, los rollos de cuerdas y los faroles de las goletas dinamarquesas.

Cuando el antiguo comisario murió asesinado en el bar de la "Campana Azul", un café alemán del barrio, un hombre vestido de negro que solía visitar al "ship-chandler", un hombre sombrío y antipático, con el cual ambos discutían siempre violentamente, se presentó en la tienda y se apoderó de todo, de los rollos de cuerdas, de las anclas, de las lámparas de tormenta, de los libros, y puso en la calle a María, que contaba entonces 14 años, y a su madre.

María lloraba amargamente, comprendiendo la catástrofe que se había desencadenado sobre su pequeña vida.

—¿Dónde iremos, mamá? — preguntaba, empaquetando sus pobres vestiditos y descolgando de la pared una fotografía borrosa de aquel padre que se había ido y las había dejado solas en el mundo.

La viuda, pálida, con los ojos enrojecidos, callaba.

—Es una injusticia, señor, es una injusticia, — decía con acento monótono y dolorido, como si comprendiera la inutilidad de toda protesta.

—Su marido, señora, era un ladrón, — dijo brutalmente el hombre, — este negocio fué abierto con dinero que robó en la caja del buque donde era comisario, y yo, en representación de los dueños de ese buque, debo hacerme cargo de todo lo que hay aquí.

María lo escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¡Mentira! ¡Mentira! — chilló, sintiendo que los sollozos la ahogaban.

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Todo lo que usted haga es inútil, — añadió, — tengo en mi poder las pruebas de que su marido era un ladrón...

La viuda, agobiada, bajó la cabeza. Recordaba las disputas frecuentes entre su marido y aquel hombre duro y siniestro, en las noches hondas de la ribera, mientras la pequeña dormía y subía hasta las casuchas el murmullo eterno de las aguas.

Adivinaba una historia terrible y obscura, un drama antiguo escondido en la conciencia de aquellos dos hombres. Pero no se resignaba a creer que el difunto hubiera sido un ladrón.

Tuvieron que irse, una tarde de Octubre.

María recordaba que cuando salieron, había visto, con ojos nublados por el llanto, un barco de ultramar que partía, todo rojo, casi sangriento, en el crepúsculo.

II

Vicían ahora en una de las casuchas de madera y de zinc de la Boca, en una pieza obscura, desde cuya ventana se veían los mástiles de los veleros y la taberna de la "Campana Azul", donde había sido asesinado el "shipchandler".

En el alma de la madre de María parecía haberse hecho el silencio. Cosían ambas para vivir, ropas de las familias obreras del barrio, trajecitos para los niños de las empleadas de las fábricas de gorras y alpargatas.

María contaba 14 años, y era, en aquel pueblo obscuro y miserable de tripulaciones ebrias y andrajosas, una flor exótica, de esas que crecen en los invernáculos de la miseria, entre los relentes de alcohol y las emanaciones pestilentes de las aguas muertas, a la sombra de las conejeras humanas.

Algunos días apenas tenían lo suficiente para comer.

La viuda lloraba en silencio, cuando María se quedaba dormida sobre la costura. Tenía un hermano que trabajaba en un astillero de la Vuelta de Rocha, pero el pobre apenas ganaba para su mujer y sus seis hijos.

María no perdía el ánimo.

Así pasó otro año.

Solía encontrar a veces en la calle al hombre que las había arrojado a la calle, vestido siempre de negro, con los bigotes teñidos y lentes ahumados.

El al principio la miraba con indiferencia, como si no la conociera.

¿Acaso no era la hija de un ladrón?

Después, al sentir sobre sí la mirada grave y profunda de la muchacha, parecía turbarse y la esquivaba.

Un día que tropezó con ella en una esquina, la saludó quitándose el sombrero.

Pero ella pasó de largo, mirándolo fría y serenamente.

III

Contaba María 16 años cuando una noche, al llegar a su casa con el paquete de costuras bajo el brazo, encontró a su madre profundamente dormida.

En la habitación cerrada flotaba un olor penetrante, inconfundible, el olor que siempre la hacía estremecer cuando pasaba por las tabernas inglesas y escandinavas de la orilla. En el suelo, junto a la cama, había una botella vacía.

Lloró esa noche, sentada al borde del lecho, todas las lágrimas de su vida.

Desde hacía algún tiempo lo sospechaba. Acarició los cabellos grises, y la dormida, abriendo los ojos y mirándola sin reconocerla, murmuró con acento espeso y confuso:

—No era un ladrón... No era un ladrón...

María estrechó contra su pecho la cabeza gris y la arrulló dulcemente.

—No, mamita, no era un ladrón, — murmuró, conteniendo el llanto.

La ebria suspiró y volvió a su pesado sueño.

Hasta los sucios rincones de las conejeras humanas llegaban las voces confusas, canciones de

otros países, en idiomas desconocidos, violentas disputas, sones de acordeón.

Al día siguiente la viuda se sintió enferma. María no dijo nada, y después de humedecerle el rostro y las sienes, se fué en busca de costura.

A partir de entonces, la viuda siguió bebiendo. María no podía descubrir dónde ni cómo su madre conseguía las botellas fatales, porque apenas le dejaba los centavos necesarios para la comida.

Poco a poco llegó a acostumbrarse al olor nauseabundo de la ginebra, a los estupores profundos de su madre, cuyo organismo iba consumiéndose en la hoguera de alcohol.

Un día consiguió trabajo en una fábrica de gorras de Barracas, una gran fábrica en la que trabajaban muchas muchachas rusas de la Boca. Aquel trabajo era más seguro que las costuras y se alegró un poco.

Por aquel tiempo la viuda entró en una manía singular.

—Me voy a morir, María, — exclamaba con acento monótono, — me voy a morir, y cuando me muera...

Quería un entierro hermoso, imponente, un coche con cuatro grandes caballos negros, un velorio

al que fuera mucha gente, y en el que hubiera refrescos, chocolate, bebidas, sandwiches...

Insistía penosamente en los detalles de aquella apoteosis póstuma.

María, llena de dolor, le decía para tranquilizarla:

—Sí, mamita, sí... Cuatro caballos negros...

IV

Aquel muchacho moreno que la esperaba en las esquinas todas las mañanas y la seguía por las callejuelas, la detuvo una tarde.

Estaba empleado en una barraca vecina, en el escritorio, y hacía más de un año que la veía pasar. La quería...

Cuando se separaron, María vió al hombre que las había arrojado a la miseria; estaba acechando con disimulo, absorto al parecer en la contemplación de un velero pintado de celeste que se alejaba por el canal.

El muchacho se acostumbró a esperarla todos los días. Se llamaba José Grossi y ganaba 120 pesos en la barraca. Pero esperaba ganar más,

porque el patrón lo estimaba y tenía gran confianza en él.

Un día le confesó que no ignoraba como había muerto el "ship-chandler".

—Lo mataron a traición, — dijo, — a mí me lo contó el mozo de la "Campana Azul", y por otra parte, toda la Boca sabe que fué un crimen cobarde y alevoso...

Pasaban frente a la tienda donde ella había nacido.

Las anclas cubiertas de herrumbe, los rollos de cuerdas, estaban en el sitio de siempre. En la penumbra de la tienda se balanceaba el mismo farol de tormenta a cuya luz había aprendido a leer.

El recuerdo del drama volvía, claro y distinto, a su memoria.

José Grossi la miraba de reojo.

—Este negocio era de ustedes, antes, ¿no? — preguntó.

—Sí, — contestó ella, apresurando el paso. Le hacían daño aquellas visiones de su niñez.

José Grossi se quedaba embobado mirándola.

¡Qué diferente era de las hijas de los genoveses y rusos del barrio! Si tuviera un vestido rico, parecería una señorita de esas que se ven por el

centro, pensaba, y se indignaba al recordar que no ganaba más que 120 pesos.

Las arboledas del parque Lezama fueron propicias a aquellos amores; pasaban ambos las tardes dominicales entre aquellos árboles magníficos, en el jardín señorial, donde se volcaba, bajo el claro cielo de Noviembre, el pobrerío abigarrado de la ribera.

Un sentimiento de congoja oprimía el corazón de María al volver a la Boca.

Pensaba que iba a encontrar a su madre roncando estertorosamente, con una botella vacía al lado.

A pesar de sus grandes dolores íntimos, aquellos días fueron dulces para María. Hacíanla olvidar un poco la angustia de su existencia, y soñaba, en sus noches de obrera, que un día acaso no lejano José Grossi se casaría con ella, que su madre dejaría de beber, y que los tres, en el turbio regazo de la ribera, serían felices...

Por las mañanas, cuando salía de la casucha, la dársena sur bullía bajo el sol; sus olores penetrantes fermentaban bajo el cielo azul.

Y los barcos saliendo con la marea, en los calientes mediodías o en los atardeceres fatigados, mien-

tras en la noche las luces de las boyas temblaban a la distancia, como puñados de estrellas que flotaran sobre el río.

V

—Sí, mamita, sí... Con cuatro grandes caballos negros... Pero todavía no te vas a morir...

La viuda apoyó la cabeza en el regazo de María, y balbuceando algunas palabras confusas, volvió a quedarse dormida.

María la contempló, amorosa y dolorida. Pensaba en los días en que cuando regresaba de retirar la costura de los conventillos, la encontraba inmóvil junto a la ventana, contemplando la taberna donde habían asesinado al "ship-chandler". Entonces no había empezado a beber.

—Sí, mamita, sí — murmuraba, arrullándola como a un niño en la cuna, mientras la viuda gemía confusamente en su sueño.

Se había declarado una huelga en la fábrica de gorras, que permanecía cerrada y silenciosa. Centenares de mujeres, muchachas en su mayor parte, habían quedado sin trabajo.

María no dijo nada a su madre, pero siempre

animosa, se puso a buscar trabajo en las fábricas del sur.

Pero no encontró nada, ni siquiera costura en las casas de vecindad, como antes.

Una noche, al volver a su casa, después de una busca estéril, un hombre la detuvo en la puerta. Parecía haber estado esperando desde hacía largo tiempo.

—Me parece que esta carta es para usted, — le dijo.

María leyó el sobre. Era una letra desconocida. Además, ¿quién podía escribirla a ella que conocía tan poca gente?

La leyó a la luz amarillenta de la acera.

"Señorita: Le ruego me permita ayudarla en la difícil situación en que se encuentra. ¿Puede concederme una entrevista? Esperando su grata contestación, la saluda su atento y S. S.

Montenegro".

—¡Montenegro!

María palideció de ira y de indignación. Hasta el nombre de aquel miserable tenía algo de siniestro y de fúnebre. Porque Montenegro era el que las había arrojado a la calle, el que había llamado ladrón a su padre muerto.

El hombre, un peón de almacén, esperaba.

—¿No hay contestación? — preguntó.

—Sí, — dijo María, — es ésta... Dígaselo al canalla que lo ha mandado...

Rompió la carta en menudos pedazos, y luego los pisoteó con rabia, como si pisoteara el corazón del miserable. Luego entró corriendo en la casa.

El hombre miró tristemente los pedazos de papel que el viento del río se llevaba y se encogió de hombros.

—Mal negocio, — dijo, y se perdió en las callejuelas.

Una vez en su habitación, María soltó el llanto. Su madre al oirla, se acercó y atrajo la morena cabeza hacia su flaco pecho. Las nieblas del alcohol parecían despejarse en su cerebro, y el instinto maternal, dormido durante tanto tiempo, sacudió sus entrañas.

—¡Hija, hijita mía!

La miró con turbias pupilas que se aclaraban por instantes.

—El mundo es malo, corazón... Los hombres son injustos, son crueles, — murmuró, arrullándola dulcemente.

La crisis pasó. Enjugándose los ojos, María fué a preparar la comida en el patio.

Cuando volvió, su madre, que había aprovechado su ausencia para beberse media botella de su ginebra misteriosa, estaba tendida en la cama, balbuceando confusamente.

—¡Mamá, mamita! — gimió la desventurada.

La ebria la miró con ojos enrojecidos.

—Cuando me muera... No te olvides...

—Sí, mamita, sí... Con cuatro caballos negros...

VI

No volvió a recibir más cartas.

Grossi, que ignoraba todo lo sucedido, le contó que sus patrones le habían subido en 15 pesos el sueldo. Ya era algo. Y ella, ¿no había encontrado nada todavía?

No, no había encontrado nada. El trabajo escaseaba más que nunca; los barrios del sur estaban llenos de muchachas desocupadas. Era una época mala, mala como nunca... Pero ella no perdía la esperanza.

Llegaba el otoño, un otoño apacible, y los vien-

tos del río, al soplar entre el cordaje de los veleros, al barrer las calles estrechas de la Boca, traían aún soplos del verano.

En el pueblo pobre hormigueaban las obscuras muchedumbres; todos los acentos del mundo sonaban en las angostas y populosas vías.

Pronto empezó a refrescar. Anunciábase el invierno, el invierno terrible de los pobres, con sus vientos glaciales sacudiendo las frágiles casuchas, con sus lluvias lentas e interminables rimando sus canciones monótonas y desoladas en los tejados de hojalata, en los patiecillos melancólicos y solitarios.

Llegó el primer domingo de aquel otoño.

La situación de María era desesperada. El crédito se había agotado desde hacía tiempo. Sin embargo, la viuda continuaba bebiendo diariamente. María se desesperaba cada vez más.

¿De dónde salían aquellas misteriosas botellas, aquel río de alcohol que arrastraba a la desventurada viuda a la locura y a la muerte?

—Dímelo, mamita, dímelo...

Pero la viuda guardaba silencio, o murmuraba palabras incomprensibles.

VII

Grossi, pálido y conmovido, escuchaba las palabras de María, y se desesperaba. ¿De dónde iba él a sacar el dinero?

—Quería un velorio al que fuera mucha gente, un lindo entierro, con cuatro caballos negros...

La interrumpió el llanto.

El último sueño de la desventurada era un mandato póstumo. Era preciso dar a sus huesos humildes la triste pompa con que soñó en sus días postreros.

—Le pediré al cajero de la barraca... Pero...

María iba por las calles de la Boca sintiendo que la tierra se abría bajo sus piés. Allá arriba, en la pieza miserable, su madre muerta esperaba el bello entierro de sus sueños alcohólicos.

Una figura se dibujó ante ella, una figura vestida de negro, un hombre que llevaba lentes ahumados. Era el verdugo de los suyos, el ángel malo de aquellas tres pobres vidas, de las que no quedaba más que una, desolada y perdida en las honduras de la existencia.

El hombre la había visto y marchaba a su encuentro, sin apresurarse.

María lo miraba, pálida y fascinada. Parecíale que un reptil monstruoso se le acercaba bajo el sol, en el estrépito luminoso del puerto.

Quiso huir de allí, irse lejos, donde no la quemaran aquellos ojos ávidos e invisibles.

Pero el recuerdo de aquella muerta que estaba esperando allá, en la pieza solitaria, la contuvo.

Y murmuró con voz ronca, extraña:

—Sí, mamita, sí, con cuatro caballos negros...

VIII

El deseo póstumo de la viuda se cumplió en todas sus partes. El velorio atrajo a todo el barrio. Un grupo de marineros extranjeros había entrado al ver las luces y la gente, y lloraron lágrimas de whisky por aquella muerta desconocida, hasta que el encargado del conventillo los arrojó a empujones.

Las mujeres de la barriada, agrupadas en los rincones, recordaron el pasado de aquella familia casi desaparecida, el casamiento de la viuda, el asesinato del "ship-chandler", el despojo de la tienda...

El entierro fué como había soñado la viuda que

fuera, y uno de los más imponentes de que existiese memoria en el barrio, que habló de él durante meses.

El único que no asistió al sepelio, — al que concurrieron todos los clientes de la "Campana Azul", presididos por Morgenthau, el patrón,—fué Grossi.

El pobre muchacho no había comido ni dormido desde el instante en que María fuera a verle y a contarle la muerte de su madre, y a pedirle el dinero para cumplir su última voluntad.

Al día siguiente encontró una solución.

Cuando el cajero salió para almorzar, forzó la caja, sacó quinientos pesos, y estuvo temblando toda la tarde, esperando que de un momento a otro el robo se descubriera.

Pero nadie le dijo nada, y llegó a pensar que acaso nunca le atribuyeran el delito...

Empezó a obscurecer.

Trémulo de emoción y ansiedad, corrió en busca de María.

—Llegaré a tiempo, — murmuraba por el camino.

A las seis cuadras alguien le tocó el hombro. Se volvió y dos hombres se le pusieron al lado.

—Regístrelo, agente, — dijo uno de los hombres al otro.

Mientras las manos prácticas del pesquisa hurgaban sus bolsillos, Grossi vió un hombre y una mujer que se acercaban lentamente por la calleja obscurecida. Ambos vestían de negro, al parecer, y los ojos del hombre parecían dos agujeros negros a la luz insegura de los faroles.

Los vió acercarse, inmóvil, fascinado. En aquellas dos figuras que llegaban a la calle Pedro Mendoza y subían a un automóvil que parecía esperarlos, creía encontrar algo de familiar.

—Aquí está el dinero, — dijo el pesquisa, sacando un rollo de billetes de un bolsillo interior.

Pero Grossi, en aquel instante, había entrevisto el rostro de la mujer que partía en el taxi. Un rostro pálido, cuya expresión no había de olvidar jamás.

Era el rostro de María. Unos ojos invisibles, ocultos por unos lentes ahumados, parecían quemar aquel rostro en la penumbra del automóvil.

FIN

ÍNDICE

IMPRENTA MERCATALI
Calle José A. Terry 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::